



COLECCIÓN ANIVERSARIO

El lago de Netzahualcóyotl

Felipe Martínez Arango
con prólogo de Beatriz Ibelisse Dávila Abreu y
Tania García Lescaille

COLECCIÓN ANIVERSARIO

El lago de Netzahualcóyotl



Felipe Martínez Arango
con prólogo de Beatriz Ibelisse Dávila Abreu y
Tania García Lescaille



Ediciones UO



Agradecemos la colaboración del Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente, en especial a Yelena Acosta Betancourt, conservadora; al Departamento de Historia y Patrimonio de la UO y al grupo científico estudiantil Patrimonio arqueológico y legado indígena, de la carrera de Historia del Arte.

Primera edición (separata): Ediciones Humanismo, México, 1955

Segunda edición (ilustrada): Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1960

Edición y composición: Carlos M. Rodríguez García
Diseño de cubierta: Adrian A. Garcia Jardines
Imagen de cubierta: cabeza de *Caballero Águila*, escultura en piedra, cultura azteca. Foto del Instituto Nacional de Bellas Artes de México

© Herederos de Felipe Martínez Arango, 2022

© Sobre la presente edición
Ediciones UO, 2022

ISBN: 978-959-207-700-3

EDICIONES UO

Ave. Patricio Lumumba no. 507
entre Ave. de las Américas y Calle 1ra
Reperto Jiménez, CP 90500

e-mail: edicionesuo@gmail.com

www.facebook.com/edicionesuo

página web: <https://ediciones.uo.edu.cu>

Este texto se publica bajo licencia Creative Commons *Atribucion-NoComercial-NoDerivadas* (CC-BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático, su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, por fotocopia u otros) siempre que se indique la fuente cuando sea usado en publicaciones o difusión por cualquier medio.

Testimonio de gratitud

A la hermosa tierra mexicana. A los colegas del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, a los compañeros de la Sociedad Mexicana de Antropología. A las personas que allá nos prodigaron afectos y estima. Y nos brindaron cobijo, tribuna y respeto en momentos de “agonía y deber”.

F. M. A.

Prólogo

Felipe Martínez Arango fue uno de los fundadores de la Universidad de Oriente. Este prestigioso intelectual santiaguero, legó una vasta obra historiográfica que se distinguió por la cientificidad y la búsqueda de la verdad histórica, demostrativa de un fuerte vínculo con la cultura regional y en especial, con la local. Tuvo un importante desempeño como investigador, profesor, arqueólogo, abogado y promotor cultural.

Al fundarse la Universidad, dirigió el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales, creado con el propósito de ofrecer al estudiantado una preparación integral sobre temas diversos. Este departamento se ocupó de llevar el quehacer cultural del centro fuera de los predios institucionales y vincularlo con el entorno latinoamericano y universal¹. Como una dependencia de este apartado fundó la Sección de Investigaciones Históricas y Arqueológicas y luego, a modo de anexo, el Museo de Arqueología e Historia el 19 de junio de 1953.

Como parte de su proyección académica, desde el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales mantuvo con México un sostenido vínculo profesional y afectivo. En tal sentido, fue miembro de la Sociedad Mexicana de Antropología y colaboró con publicaciones como la *Revista de la Sociedad Mexicana*

¹ Camilo Fabra González: *Apuntes para la Historia de la Sección de Investigaciones Arqueológicas y el Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente (1947-2000)*. Informe Científico, tesis de diploma, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 2006.

de *Antropología y Humanismo*. Asimismo, tuvo una destacada participación en congresos y se relacionó con importantes intelectuales entre los que sobresale el arqueólogo Dr. Alberto Ruz Lhuillier, con quien sostuvo cordiales lazos profesionales y personales².

En 1953 obtuvo una beca en México para profundizar en el estudio de las técnicas arqueológicas y museológicas³. Todo indica que Martínez quedó cautivado por la geografía extraordinaria y la belleza inigualable del valle. Sorprendente naturaleza que pone a prueba los recursos emotivos del más templado carácter; inmensidad magnificada por una rica historia, tejida con hilos de sabiduría, pasión, religión y sangre. De todos los espacios posibles, dedica especial atención al lago Texcoco, al que llama “de Netzahualcóyotl”, en honor al gran militar y erudito texcocano que hizo de su ciudad una de las más desarrolladas y especiales del Anáhuac.

Como resultado vio la luz el texto *El lago de Netzahualcóyotl*. Este contó con dos ediciones, la primera de ellas fue una separada de la revista *Humanismo*, de México en 1955 y la segunda fue una edición de la Universidad de Oriente ilustrada con mapas, fotografías y dibujos en 1960.

Luego de esta visita sucedieron otras. En 1956, como consecuencia del cierre de las aulas universitarias por la situación

² En 1955, por gestión de Felipe Martínez el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales organizó en Cuba un ciclo de conferencias a cargo del arqueólogo Dr. Alberto Ruz que, por la situación sociopolítica, no pudo concluir. No obstante, las conferencias fueron reunidas y publicadas con el título de *La civilización de los antiguos mayas* en 1957. Con posterioridad, el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México y la Universidad de Oriente realizan una nueva edición corregida y aumentada de esta obra, bajo el título de *Cultura maya* la que contó con nuevas ilustraciones que la enriquecieron. Por la favorable acogida de la primera impresión, la nueva tuvo una versión en inglés a cargo del Dr. Pablo Martínez del Río (Jorge Gurría Lacroix y Felipe Martínez Arango, comunicación personal).

³ Cfr. Camilo Fabra: ob. cit. A su regreso puso en práctica estos conocimientos en el Museo de Arqueología e Historia de la Universidad de Oriente. Desde su fundación, este centro fue apreciado como un referente nacional tanto por la calidad de su muestrario como por el empleo de técnicas de museología y museografía novedosas, aspecto reconocido por varias instituciones del país.

política que se vivía en la Isla, Martínez estuvo exiliado en México. Durante esta estancia realizó investigaciones arqueológicas junto al Alberto Ruz Lhuillier. Con posterioridad, en 1957 y 1958 volvió a México a realizar investigaciones arqueológicas en varias regiones, además de ofrecer ciclos de conferencias. Fruto de estas estancias legó un amplísimo y variado registro documental que ilustra sobre su trabajo arqueológico en varias regiones, así como de paisajes que muestran elementos distintivos de este país y emblemáticas construcciones.

La compleja y rica historia de Mesoamérica, conformada por sucesos histórico-culturales de gran envergadura que datan desde las primeras aldeas agrícolas, tuvo en el periodo posclásico o militarista su etapa más convulsa dada las contradicciones político-sociales de los grupos que poblaban el territorio. La experiencia militar acumulada por varios siglos contribuyó al perfeccionamiento táctico y estratégico de los diferentes grupos; la negociación, las alianzas, los acuerdos y la colaboración se alternaban con la traición, el desacuerdo y el solapado rencor.

Sin embargo, las culturas militaristas con un modo de vida vinculado a la guerra, con una postura ofensivo-expansionista, de dominación y conquista, con un soporte económico basado en el tributo de las comunidades vasallas tuvieron un amplio desarrollo de la ingeniería, cultivaron las artes con cierto grado de especialización y trabajaron en la formación del carácter de sus ciudadanos varones, los futuros guerreros.

El Calmécac y el Tepochcalli o Telpochcalli fueron los centros de formación de los jóvenes en el arte militar, era el rango social el que determinaba a cuál de ellos irían; el primero estaba destinado a los descendientes de la élite social, los nobles, aquellos cercanos por origen al tlatoani o emperador; el segundo, para los otros. Precisamente al ser la élite la que asistía al Calmécac la enseñanza era más completa. Este era colegio y monasterio, además de la preparación en el arte de la guerra, allí se conocía la historia, las artes, las ciencias políticas del mando, las tradiciones, la observación astronómica, la poesía, la música, la danza y los conocimientos de la religión; pero también forjaba el carácter ya que era escuela de templanza, abstinencia y ayuno, a fuerza de disciplina y rigor se fortalecía el cuerpo de los guerreros y se templaba el espíritu.

De ese mundo asombroso, de esas culturas magníficas que se desarrollaron en el amplio horizonte mesoamericano y que tanto aportaron a la historia de la humanidad podemos mencionar la olmeca, consagrada a la adoración del jaguar, con una incipiente planificación urbanística que marcó pautas para las culturas posteriores, una extraordinaria escultura en la que se destacan las cabezas colosales con rasgos negroides y las representaciones de hombres-jaguares, un desarrollo en el trabajo cerámico y de la escritura glífica, la más antigua encontrada en el área, por tanto considerada la cultura madre de Mesoamérica; la cultura de Teotihuacán, con su esplendorosa ciudad, planificada de manera perfecta, sus monumentales pirámides escalonadas y bellos palacios decorados con pinturas murales, una destacada cerámica y un culto a la vida a través de las máscaras; la maya con el desarrollo de cada una de sus ciudades clásicas, entre ellas: Palenque, Tikal y Copán, así como otras fundadas en la etapa posclásica: Uxmal y Chichén Itzá, con una interesante arquitectura que, aunque aprovechó experiencias previas, aportó la bóveda en saledizo conocida también como bóveda clásica maya y una estructura decorativo-simbólica que coronaba sus templos llamada crestería, desarrolló la escultura y la pintura de una manera personalísima en que gracia, originalidad, belleza e historia se combinan perfectamente, además de contar con el gran templo de las inscripciones de Palenque, el único hasta el momento en Mesoamérica en que se ha encontrado un enterramiento humano, méritos a los que se suma la de ser una cultura de grandes astrónomos y matemáticos y de haber tenido un calendario tan perfecto como el actual; la zapoteca, ubicada en Oaxaca, con sus edificios ceremoniales y sus relieves en piedra con figuras de danzantes, además de un notorio trabajo cerámico; los toltecas, considerados los grandes artistas, maestros del área; desde Tula, su principal ciudad, irradiaron una poderosa influencia cultural, artística y religiosa que se extendió desde el Valle de Mezquital hasta La Quemada y Chalchihuites (Zacatecas), por el norte hacia Yucatán, zona maya, fomentándose una fusión cultural que dio lugar a la cultura maya-tolteca, y hacia el sur su legado fue más allá de lo que hoy comprende la nación mexicana. Los pueblos cercanos también aprendieron de ellos la lengua náhuatl. Todo el legado tolteca junto a la aparición de

una figura histórico-mítica llamada Quetzalcóatl —serpiente emplumada en lengua náhuatl—, cuya referencia está vinculada a los sucesos de la conquista, le han separado un lugar de honor en la historiografía prehispánica⁴.

⁴ Quetzalcóatl: dios adorado por los pueblos nahuas, inmenso y creador, invocado por protector y generoso, según ellos era el Dueño del “cerca y del junto”, condición que algunos autores como Fernando Díaz Infante han otorgado en el Calendario azteca al día uno llamado cipactli o caimán; por tanto, se plantea que llevan la creación juntos. Cfr. Fernando Díaz Infante: *La estela de los soles o Calendario azteca*, Panorama Editorial, México, 1987. Según lo expresa Lucila Ocaña (“El laberinto de Quetzalcóatl”, *Estudios Políticos*, no. 3, 2004, pp. 61-98), tomando como referencia a Miguel León Portilla, Quetzalcóatl fue el Dador de la vida, noche-viento, el principio vital supremo (tlacatlé, tloquee nahuaquee, lpalnemoani, yoale-ehcatle) y como dios dual Tezcatlipoca y Yoalli-ehécatl. Es personaje central de una creencia religiosa que explicaba la creación, la relación del hombre con los dioses, la vida y la trascendencia, la muerte y el renacimiento. Era también Dios del alba, de Venus, de la fecundidad. Según Lucila Ocaña “del desdoblamiento de los dioses abuelos —Ometéotl y Ometecuhtli— surge Quetzalcóatl y sus desdoblamientos, Tezcatlipoca rojo y negro, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli”.

Es la realidad que armoniza la materia con el espíritu, es la dualidad en todas las cosas. La mayoría de los autores coinciden en que fue un sabio gobernante, el tolteca fundador de Tollan o Tula, personaje civilizatorio que dotó de sabiduría a su pueblo, enseñándoles la moral, el dominio del arte y la agricultura, la arquitectura, las matemáticas y otros útiles conocimientos que los hizo distinguidos en el Anáhuac. Según Bernardino de Sahagún, citado por L. Séjourné “era virtuoso, humilde y pacífico, y considerado y cuerdo, y no liviano sino grave y riguroso, y celoso en las costumbres, y amoroso y misericordioso, y compasivo, y amigo de todos...”. Cfr. L. Séjourné: “El Mensaje de Quetzalcóatl”, *Cuadernos Americanos*, año XIII, 77(5), 1954, pp. 59-172.

Sin embargo, un hábito de misterios rodea a esta figura, tanto por su origen como porque quedó ligada al momento de la conquista. En relación con lo primero existen dos tendencias, una que identifica a Quetzalcóatl como una figura de fuera del contexto mesoamericano; es decir, alguien dotado de conocimientos y experiencias que debió llegar por mar, según algunos, por aire según otros. A esto se suman algunas representaciones que lo muestran barbado, cuando el hombre mesoamericano era notoriamente lampiño. Otros investigadores, sobre todo mexicanos, defienden la idea de que era un individuo del propio contexto. Varias publicaciones científicas le dedican espacio a la historia de Quetzalcóatl, en ellas se trata de explicar desde su origen hasta la interpretación filosófica de su representación, pasando por argumentos relacionados con las semejanzas encontradas con otras representaciones y personajes de culturas y espacios foráneos. Asimismo, se abordan las circunstancias que lo

Quetzalcóatl [...] ha sido tal vez el personaje más estudiado del México antiguo, ya que está presente en la religión, la historia, la filosofía, el arte y la mitología de Mesoamérica. Al estudiar el mundo prehispánico, todas las disciplinas y todas las culturas locales nos remiten a esta deidad. [...] Los antiguos mexicanos voltearon al cielo y encontraron a Venus, al dragón celeste, al Sol, búsqueda espiritual de un pueblo con anhelos de trascendencia, pero también recorrieron el camino de los muertos, las pisadas del jaguar y las semillas del maíz, y así se encontraron con Quetzalcóatl.⁵

Pero, de entre esos y otros muchos atractivos de esa geografía cultural, fue el lago Texcoco, el seleccionado por el investigador Martínez Arango para dejar una ilustrada relatoría de la grandeza americana. Historia que da la oportunidad de exponer a una figura excepcional dentro del panorama histórico-cultural: Nezahualcóyotl (1402-1472), quien a juicio del autor “descuella impar y señoero –diríase inverosímil, considerado su medioambiente— un hombre que se adelantó a su época y que fue un legítimo creador de historia”.⁶

Con la más clara y profunda argumentación se exponen los acontecimientos relacionados con la vida personal y políti-

vinculan a la conquista. En relación con este asunto es importante apuntar que hubo un sacerdote en el siglo x en Tula conocido como Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, nacido en 947 d.n.e., hijo de un jefe guerrero llamado Mixcóatl con una mujer llamada Chimalma. Aquel, convertido en mito, fue símbolo de gloria y decadencia y la encarnación del Dios Quetzalcóatl. En determinado momento cambió su conducta, se volvió un ser transgresor de los principios éticos que él mismo había establecido.

Se plantea que quiso también hacer una reforma religiosa que fracasó. Estas razones u otras lo llevaron a abandonar la ciudad de Tula y dirigirse hacia el este, por donde desapareció, prometiendo regresar a gobernar sus reinos en el año 1 Caña, fecha que coincidió con el 1519 del calendario actual; generándose una gran confusión con la llegada de los españoles, recibidos como dioses. Esto, unido al factor sorpresa y a la falta de iniciativa por parte de Moctezuma y sus hombres, garantizó el éxito de la conquista.

⁵ Lucila Ocaña: ob. cit., p. 62.

⁶ Felipe Martínez Arango: *El lago de Netzahualcóyotl*, p. 21. [Las referencias a este libro corresponden a la presente edición de 2022. *Nota del Editor*].

ca de Nezahualcóyotl —coyote hambriento, en náhuatl—, elegido de entre las grandes figuras que protagonizaron la historia del altiplano mexicano por dos razones esenciales: la vitalidad histórica de tan destacada figura y porque el desarrollo de la ciudad de Texcoco y de Tenochtitlán están estrechamente relacionadas con su admirable desempeño.

Con adjetivación precisa, el autor describe el entorno natural que fue sede de los acontecimientos que narra. Asimismo, expone las cualidades del reservorio fluvial y expresa que “sería interesante una ‘biografía’ del Lago. Es, con sus tierras alledañas, punto focal de la altiplanicie y epicentro histórico de todo el país hasta nuestros días, a partir de la segunda mitad del siglo xv”.⁷

El recorrido que hace el autor por el lago, maravilloso reservorio de agua alimentado por la cuenca de varios ríos, en el que se mezclaban las aguas dulces de estos con las salitrosas contenidas en la laguna, sede de asentamientos importantes tanto en su ribera como en los islotes ubicados en su centro, permite conocer de manera detallada las características de los pueblos que se desarrollaron en el espacio circundante y su papel en la historia; retórica que solo es posible cuando hay amplios conocimientos y una experticia basada en el diálogo científico.

Cada ciudad relacionada con el lago es mencionada, “representarán papeles, todas, un tanto secundarios, aunque no despreciables, en las pugnaces y dramáticas alternativas de poder [...] que presenciara, fatigada, la compleja época de referencia”.⁸ Empero, dedica las mayores líneas a la etapa posterior a la destrucción de la cultura tolteca, aquella que fue caótica, beligerante, de confusas proyecciones y de crisis.

Geografía, historia, mitos, leyendas, religión y protagonistas se van hilvanando hasta conformar una gruesa alfombra de acontecimientos que giran alrededor de la figura de Nezahualcóyotl. Restauración e interpretación del pasado con apoyo ineludible en textos históricos y mapas que dan científicidad al escrito. Cada información expuesta genera nuevos argumentos

⁷ *Ibíd.*, p. 24.

⁸ *Ibíd.*, p. 29.

que contribuyen a develar el misterioso manto impuesto por el tiempo. La ciudad de Texcoco será un eje sobre el que se conformará la dinámica entre los diferentes factores histórico-sociales en que discurre la vida de Nezahualcóyotl.

Largas precisiones conforman, a ratos, la biografía del soberano Nezahualcóyotl, hijo del sexto señor de los chichimecas⁹, el emperador Ixtlilxóchitl —flor de pita en náhuatl— con la princesa mexicana Matlalcihuatzin, hija del rey azteca Huitzilíhuitl, cuyo reinado entre 1395 y 1414 marca el engrandecimiento de Tenochtitlán. Según algunos historiadores, su nombre de nacimiento fue Acolmiztli o “puma fuerte”, pero importantes acontecimientos durante su adolescencia hicieron que adquiriera el nombre por el que ha pasado a la historia: Nezahualcóyotl.

Cuando contaba dieciséis años de edad, el príncipe texcocano tuvo que hacer frente a la invasión tepaneca, encabezada por Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, cuya intención era asesinar a su padre y a toda su familia para apoderarse del trono. Su padre, que conocía la superioridad de los tepanecas, prefirió huir y mantenerse oculto en las cuevas de Cualhyacac o Cuauh-yacac y Tzinacanoztoc hasta poder conseguir la ayuda de otros pueblos. Pero las huestes de Tezozómoc no le dieron tregua,

⁹ La nobleza texcocana se preciaba de ser heredera por un lado del belicoso linaje chichimeca y, por el otro, del noble tolteca. Después de la caída de Tula, gobernada por los toltecas, hay una dispersión de su población, lo que favorece la interacción con otros grupos del territorio. Para garantizar el fortalecimiento de ellos muchas veces se establecieron alianzas a través del matrimonio. Xólotl fue el primer jefe chichimeca, le sigue su hijo Nopaltzin, casado con Azcaxochitzin, nieta de un noble tolteca, del que nace Tlotzin. En esta relación entre chichimecas y toltecas se gestó un importante proceso cultural en que las habilidades y conocimientos de cada uno fue asimilada por el otro; sin embargo, la asimilación mayor fue de parte de los chichimecas que, poco a poco, fueron convirtiéndose de chichimecas a toltecas civilizados. Para ampliar sobre esta problemática confrontar a J. M. A. Aubin: *Memorias sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos*, UNAM, México, IIH, 2002, pp. 63-87; F. Navarrete: “Chichimecas y toltecas en el Valle de México”. *Estudios de cultura náhuatl*, 5(41), UNAM, México, IIH, 2011, pp. 19-50.

A Tlotzin le sigue Quinatzin, su sucesor fue su hijo Techotlatatzin, educado en la cultura tolteca, él implementó que todos los nobles hablaran la lengua náhuatl; luego le sigue Ixtlilxóchitl.

rastreaban todo el tiempo los alrededores para darle captura al emperador y a su hijo, hasta que presintiendo Ixtlilxóchitl el final, le pidió a su hijo que de ser descubiertos se mantuviera oculto y luego buscara refugio en Tlaxcala sin olvidar nunca que era un chichimeca que debía recuperar su imperio.

Descubiertos, el emperador padre enfrenta con sus dos soldados de confianza a los captores, caen primero sus dos hombres. El combate es desigual y terrible. “Queda Ixtlilxóchitl, batiéndose con furia heroica de rey, con angustia de padre, hasta escapársele el último hálito de vida. La hueste enemiga se retira, una vez despojado el rey de sus vestidos, sin advertir la presencia de Nezahualcóyotl, milagro del destino”.¹⁰ Obligado a permanecer en su escondite, sabía que con su vida preservaba la estirpe y la oportunidad de recuperar el trono de su padre.

Un hermoso y conmovedor relato sobre estos acontecimientos y la etapa futura nos regala el apasionado Martínez Arango, quien no puede disimular el entusiasmo al describir la proeza de padre e hijo, la estirpe guerrera que, cual virtuosa herencia, se defendía con la vida. A partir de ese momento, se presenta “un resumen en escorzo de lo esencial”,¹¹ destacando el valor, la capacidad política y de maniobra del joven Nezahualcóyotl, hasta que logra la reconquista y restaura la hegemonía de Texcoco. Asimismo, hace referencia a la complejidad política del momento y cómo en tales circunstancias eran fundamentales la lealtad y el compromiso tanto de sus hombres como de los aliados.

“Fulminante y breve es la campaña de reconquista. ¡Qué emoción no sería su entrada triunfal en Texcoco! [...] ya no se quitará los arreos del dios chichimeca de la guerra y de la caza hasta completar toda la dimensión de la gran tarea bélica, y estar seguro en el poder...”.¹² Con la caída de Azcapotzalco en 1428 culmina una etapa de fuertes ataques y sangrientos enfrentamientos en que Texcoco contó con la necesaria alianza de Tenochtitlán, Huejotzingo, Tlaxcala y Cuauhtitlán, sumados también, como

¹⁰ *Ibíd.*, p. 37.

¹¹ *Ibíd.*, p. 38.

¹² *Ibíd.*, p. 42.

expresión de seguir al poder, Tlatelolco y Tlacopan, aliados primero del vencido. Como colofón de esta intensa campaña militar se dio la Triple Alianza, sellada en 1433 por Texcoco, Tenochtitlán y Tlacopan.

Pacificada la ciudad de Texcoco y sus alrededores, Nezahualcóyotl se enfrasca en su desarrollo. Despliega todo su conocimiento y habilidades en función del progreso. Él encarnó el prototipo del estadista y humanista de gran sensibilidad, su mandato se distinguió por la prudencia y la justicia, demostró su sabiduría en el campo de las ciencias, las artes y la literatura. Su amplia formación intelectual se traducía en una elevada sensibilidad estética y en un gran amor por la naturaleza, aspectos que quedaron reflejados en la arquitectura de la ciudad y en sus escritos poéticos y filosóficos.

El perfil de la ciudad de Texcoco alcanza niveles inusitados gracias a la intervención del ilustrado militar, quién emprendió una magna obra constructiva que incluyó palacios, monumentos, acueductos y jardines, siendo su creación más brillante el soberbio palacio de su propiedad. También es resultado de su mente creativa el acueducto del Bosque de Chapultepec¹³ que servía para abastecer de agua potable a Tenochtitlán¹⁴.

¹³ Esta es una de sus obras más significativas por el alcance social e importancia, tanto en el periodo de su creación como posteriormente. En el bosque sagrado de Chapultepec sus ahuehuetes y manantiales eran venerados; allí se construyó el acueducto y un jardín botánico con plantas exóticas provenientes de otras partes de la diversa geografía de lo que hoy conocemos como México. El tlatoani diseñó y estuvo al frente de la construcción del acueducto que tenía la función de llevar el agua potable a Tenochtitlán, ubicada en medio del lago. El acueducto era de doble vía para garantizar el servicio ininterrumpido por limpieza o cualquier otra circunstancia.

¹⁴ Tenochtitlán fue una de las ciudades más bellas e importantes del mundo prehispánico, sede de la cultura azteca, nombre que recibieron por provenir de un lugar llamado Aztlán, supuestamente ubicado al norte del valle de México, pero no preciso en la historiografía por lo que ha sido motivo de muchos supuestos en relación con el origen de este grupo. Asimismo, autores como Ignacio Bernal insisten en aclarar que a los aztecas se les debía llamar mexicas. Cfr. I. Bernal: *El tiempo prehispánico. Historia mínima de México*, El Colegio de México, México, 2000, pp. 13-50.

Como muchos otros grupos trashumantes se presentó en el territorio hacia el siglo XIII d.n.e. Tuvieron muchas dificultades para establecerse, dé-

Respecto a la obra literaria de Nezahualcóyotl, se conservan alrededor de treinta composiciones poéticas en numerosas colecciones de manuscritos de cantares prehispánicos. Su poesía no solo aprovecha la belleza de la lengua náhuatl, sino que posee profundidad filosófica. En uno de los poemas más conocidos hace referencia a tres elementos de la naturaleza que él amaba y eran símbolos de belleza: el cenxontle (pájaro de las cuatrocientas voces), el jade (piedra semipreciosa, adorada en toda Mesoamérica) y el enervante perfume de las flores; pero, según sus palabras, nada superaba el amor por su hermano: el hombre. Expresión delicada de su auténtico humanismo y nobleza de espíritu.

Nezahualcóyotl, murió a los 70 años de edad y reinó durante 43 largos años. Es tal vez el monarca más distinguido y recordado del México prehispánico. Hoy la nación mexicana lo honra no solo desde la historiografía, sino a través de monumentos públicos que hacen permanente su memoria como: una fuente en su honor ubicada en el bosque de Chapultepec, diseñada por el artista Luis Ortiz Monasterio, inaugurada el 15 de septiembre de 1956; un mural de Federico Cantú en la Universidad Autónoma de Nuevo León titulado *Nezahualcóyotl y el agua*, inaugurado el 4 de abril de 1962, recubre el frontispicio de la Facultad de Ingeniería Civil; la Sala de Conferencias Nezahualcóyotl en el Centro Cultural Universitario, UNAM, inaugurada el 31 de diciembre de 1976; también se perpetúa su nombre en el billete de 100 pesos mexicanos, entre otras formas de rendirle eterno recordatorio.

biles al principio, fueron sometidos y explotados por otros grupos como los tepanecas, de los que logran independizarse en 1428 liderados por el cuarto tlatoani o rey llamado Itzcóatl. Ya desde 1325 habían logrado establecerse en una pequeña isla ubicada en el lago Texcoco a la que llamaron Tenochtitlán. La fundación de esta ciudad está permeada por la historia y el mito. Al decir de Ignacio Bernal, “[...] el instalarse aquí indica su pobreza pero demuestra también su fe, su valor y su tenacidad. Precisamente por su poco atractivo [...] no pertenecía a ninguno de los reinos vecinos”. La grandeza imperial de Tenochtitlán comienza con Moctezuma I, quien gobernó entre 1440-1469; con él se consolidan las conquistas anteriores, se ensancha el imperio y se comienzan las construcciones más importantes.

Mas, somos del criterio que ninguno tienen mayor significado en la memoria de la nación que su insigne nombre lo tengan un municipio y una ciudad del Estado de México.

Vida y obra de uno de los grandes de la historia de Latinoamérica, resultado de la sabia pluma de un investigador de altos quilates como Felipe Martínez Arango, nos obliga a repensar nuestro espacio geocultural como reservorio de una sociedad compleja y diversa que mucho ha aportado a la humanidad. Cada hombre con sus luchas y sus apegos, marcado por las circunstancias y por su tiempo es capaz de demostrar una capacidad inigualable para enfrentar la adversidad, pero también para crear y amar.

Dra. C. Beatriz Ibelisse Dávila Abreu

Profesora Titular
Departamento de Historia del Arte
Coordinadora del Grupo científico-estudiantil
Patrimonio arqueológico
Universidad de Oriente, Cuba

Dra. C. Tania García Lescaille

Profesora Titular
Departamento de Historia del Arte
Universidad de Oriente, Cuba

El lago de Netzahualcóyotl

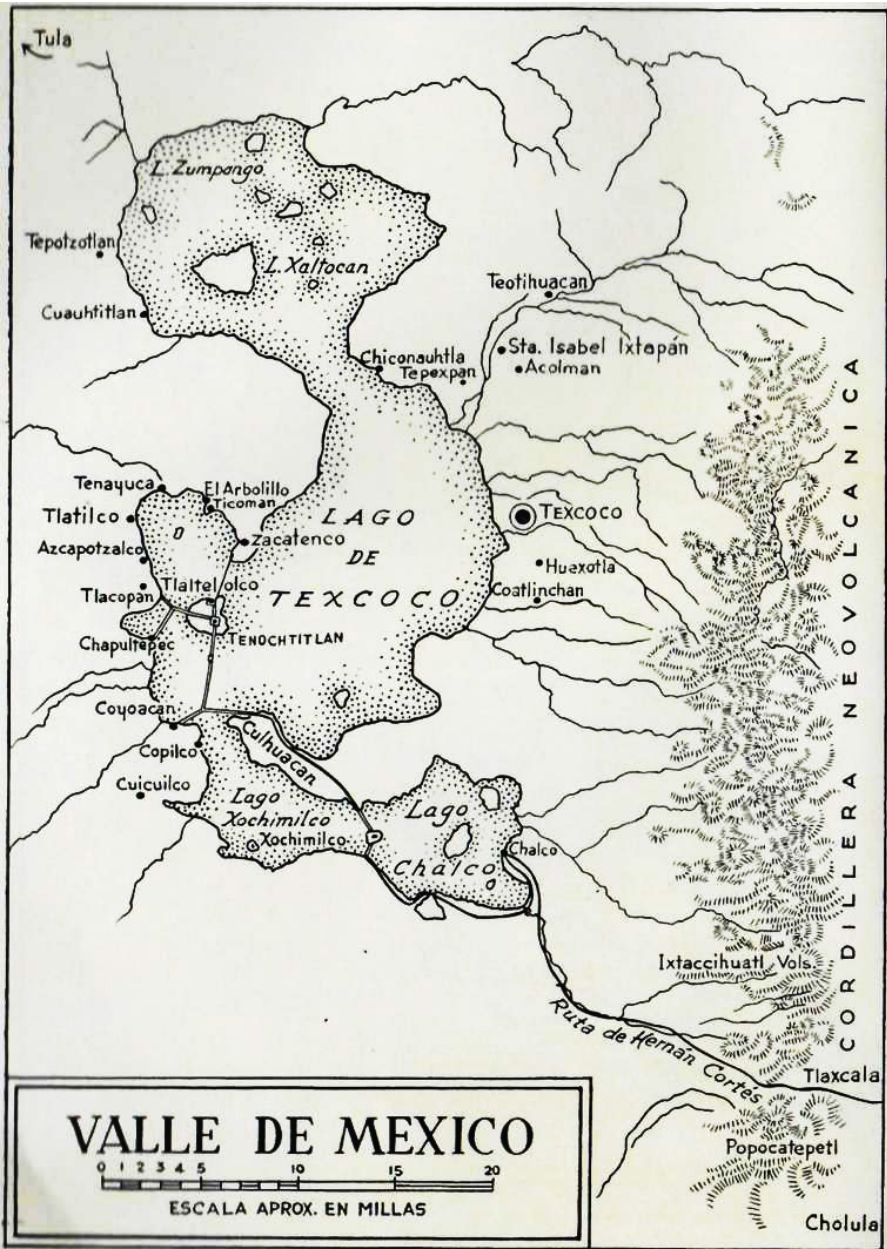


Figura 1. Valle de México

Fuente. Basada en G. Vaillant, *The Aztecs of Mexico*, New York 1955

En la historia de México anterior a la llegada de los españoles descuella impar y señero —diríase inverosímil, considerado su medio ambiente— un hombre que se adelantó a su época y fue un legítimo creador de historia. No tenemos noticias de una individualidad de contornos más humanos en todo el espacio-tiempo azteca que preceda a la llegada de Cortés. Y es, por añadidura, el poeta mayor que registran los anales prehispánicos de América.

Con uno de sus varios nombres ha pasado a la posteridad: el de Netzahualcóyotl (1402-1472)¹. Lo que equivale a decir “coyote hambriento” en idioma náhuatl. Expresión corta de significado, aunque recuerde la etapa de su vida —acaso la más heroica y dramática— en que, apenas salido de la adolescencia, príncipe heredero huérfano, fugitivo errante, con la cabeza a precio, se dio a la ingenua tarea de levantar a su pueblo, vengar al padre y reconquistar un trono.

Menos aun dirán al profano su nombre calendárico Ce-Matzatl (1. venado) o su título hereditario de *Gran Chichimecatl*. Si le llamamos “Brazo de León” y Rey-Poeta de Texcoco, ya será más comprensible un atisbo biográfico. Pero algo más tendrá que añadirse en el intento de trazar una imagen viva, sin excluir

¹ Estas fecha de nacimiento y deceso, sobre las cuales existen ligeras discrepancias, están acreditadas por Ixtlixóchitl (*Historia Chichimeca*). Fray Diego Durán y el *Códice en Cruz*, la primera: y por los anales de *Cuauhtitlán*, y el referido *Códice en Cruz*, la segunda.

relieves esenciales, de la vigorosa y contradictoria personalidad de esta “gran figura de la historia del indio americano”².

La presencia hispánica en el altiplano de México ocurre casi medio siglo después de la muerte de *Netzahualcóyotl*. Pero es tal su vitalidad histórica que su persona resalta de las páginas de códices, anales y crónicas. Y la arqueología ha descubierto y recuperado las obras de arte de su tiempo y los restos de sus construcciones magníficas. Si Texcoco fue durante muchos años, hasta los albores de la conquista, la ciudad más civilizada del Valle de México, el hecho no podrá reconocer causa más eficiente que la presencia —el espíritu— de *Netzahualcóyotl*. Ni puede haber en justicia referencia cabal a la civilización azteca que soslaye su nombre. Pero es fuerza comenzar por el principio. Y quizás no sobren algunos trazos para fijar ámbito y antecedentes de importancia, sugerentes por sí mismos.

México es tierra de panoramas imponentes, de grandiosa belleza. El contraste y la mutación integran las constantes de su paisaje geográfico —y del humano, por lo general.

En el corazón mismo de lo que es hoy la República de los Estados Unidos Mexicanos, se encuentra enclavado el marco espacial de nuestro tema. Es la Mesa Central. Con el rigor más preciso de la geomorfología actual se la denomina Altiplanicie Meridional. Este gran tablero romboidal —compartido en una serie de preciosos valles que limitan alturas menores— tiene 750 kilómetros en su diagonal mayor y 400 en la menor; y una altura media de 2 000 metros sobre el nivel del mar³. Por el norte una serranía transversal lo separa de la Altiplanicie Septentrional, decreciente en altura hasta penetrar en territorio —mal habido— de los Estados Unidos de Norteamérica; flanqueado queda al levante y poniente por las Sierras Madres —Oriental y Occidental— majestuosas y abruptas. Su límite al sur lo cierra la Cordillera Neovolcánica; unidad orogénica de extraordinaria dureza —formada por materiales ígneos extrusivos— que se extiende desde el Golfo hasta el Pacífico, condicionando la vida

² George C. Vaillant: *The Aztecs of Mexico*, New York 1955, p. 101.

³ Jorge L. Tamayo: *Geografía moderna de México*, México 1953, p. 63.

misma del Altiplano. Allí están los picos más altos de México. Los volcanes, erguidos y rebeldes a la erosión. El paisaje es de maravilla. Nadie se lo cuenta al autor di estas líneas —que de primera mano— ha tenido el privilegio de extasiarse en las faldas del *Citlaltépetl* (“Cerro de la Estrella” o Pico de Orizaba, que alza su cumbre nevada hasta 5 747 metros sobre el nivel del mar); en las nieves del *Popocatepetl* (“Montaña que humea” —5 452 metros); desde las cimas del *Xinantecatl* (“Nevado de Toluca” —4 558 metros); y en las cumbres del *Altozomoni*, junto al *Iztaccíhuatl* (“Mujer Blanca”) de la bella leyenda indígena, princesa dormida que no se inmuto al paso atrevido —por su misma vera y rozando el real manto de armiño de Cortés y su hueste, rumbo al peleadoro de *Tenochtitlán*.

En los valles de la meseta el paisaje cambia y se torna llano y escueto. Delicado y sobrio a la vez. No hay derroche ni exuberancias vegetales. Se individualizan los árboles, las veredas y las formas todas. Es “el paisaje organizado”, como escribiera Alfonso Reyes en frase maestra.

La mayoría de estos valles intramontanos son lechos de lagos antiguos rellenados por depósitos aluviales y sedimentos lacustres, posteriormente desecados y drenados⁴.

Se destacan los conos milenarios truncos sobre el raso de la meseta; y al extremo sur, en la cordillera del Ajusco, el volcán *Xitle*, cuya erupción (reciente, en términos geológicos) cubrió buena parte del terreno circundante con un gran manto de lava petrificada. Por debajo de esta capa —en *Copilco* y *Cuicuilco*— la arqueología ha recuperado los restos materiales de las culturas “arcaicas” que preceden directamente a las posteriores secuencias culturales de la altiplanicie.

En la sección sudoriental de la región geomórfica referida— a más de dos kilómetros de altitud— espejeaba la superficie tersa del gran lago de *Texcoco*. Esmeralda, jade, turquesa o plata, bajo una atmósfera fina, clara, radiante de sol moderador del tónico friecillo de la meseta. En verdad debió ser, antaño “la

⁴ J. L. Tamayo: ob. cit., p. 63.

región más transparente del aire”, al decir de un ilustre viajero del siglo pasado⁵.

Grande era su extensión en tiempos prehistóricos y fluctuante su nivel. Fue mermando su volumen hasta la desecación posterior, poco menos que total. Su lecho desértico es hoy escenario de las furiosas *tolvaneras* que arremolinan las ráfagas primaverales y amenazan con llevárselo todo. Menos la historia. Y la sangre indígena, que aun persiste en los actuales pobladores y en las mismas ciudades y pueblos anteriores al impacto transculturador de la Conquista.

El lago de Texcoco mezclaba su llano caudal, salado al centro y al norte, con las aguas dulces de Xochimilco y Chalco, al sur; al noroeste, con las lagunas de Zumpango y Xaltocan; y del Valle de Teotihuacán recibía las aguas del río Acolman.

Sería interesante en extremo una “biografía” del Lago. Es, con sus tierras aledañas, punto focal de la altiplanicie y epicentro histórico de todo el país hasta nuestros días, a partir de la segunda mitad del siglo xv.

Este anfiteatro de agua —con las islas que aprisionaba y las vastas orillas de su contorno—, reflejo límpido de belleza primigenia, transformóse en sitio de polémico y sorpresivo acontecer humano. Fue palenque de tribus, crucero de pueblos, fragua y retorta. Las guerras, como necesidad política y supremo objetivo ritual —en círculo vicioso interminable, incomprensible y cruel para la mentalidad cristiana occidental—, tiñeron de rojo sus aguas. De ellas, pudiera decirse, salió ungida la civilización azteca. Y ellas reflejarían su desplome tras épica contienda.

Un recorrido geográfico-cronológico alrededor del lago sería como seguir aunque imperceptibles a veces los pasos de la Historia. Para ilustrar el aserto, aunque sea de jalón en jalón, será necesario asirse al brazo firme de la arqueología y penetrar los umbrales de la prehistoria. Que son muy antiguos sus pergaminos y de sus secretos celoso guardador.

⁵ Alejandro Humboldt.

En su orilla nororiental precisa comenzar el periplo, y fijar dos nombres: Santa Isabel Ixtapan y Tepexpan. Allí se han encontrado —diez veces milenarias— las huellas más antiguas del hombre en el Valle de México⁶: el cazador del *Archidiskodon Imperator* (elefante prehistórico). Este habitante de la fase última del pleistoseno desconocía aún la agricultura y la cerámica.

En las costas opuestas del lago: Zacatenco, El arbolillo y Ticomán. Siguiendo al sur, por la misma orilla occidental: Copilco Cuicuilco; hacia el norte: Tlatilco. Son sitios arqueológicos de las culturas “arcaicas”⁷ del Valle. Desarrollaron una agricultura que aprovechó los ricos depósitos aluviales acumulados en las márgenes del lago por la acción de las lluvias. Produjeron textiles. Fueron sorprendentes artífices de la cerámica y sentaron las bases religiosas y rituales que culminarían en Teotihuacán, la gran ciudad, un tanto retirada de la orilla noreste del lago. Allí el viajante aun hoy puede contemplar maravillado la arquitectura de este magno centro ceremonial —uno de los más imponentes del mundo— en proceso de restauración. El florecimiento clásico de Teotihuacán ha sido señalado por los más, aproximadamente, a partir del siglo IV de nuestra era. Esta civilización,

⁶ El autor ha asistido a los recientes trabajos arqueológicos de Santa Isabel Ixtapan. Allí aparecen los artefactos de caza del hombre, directamente asociados a los restos de un elefante prehistórico. El “Hombre de Tepexpan” ha sido objeto debatido. Aparecieron estos restos óseos en el estrato denominado Becerra Superior. Se les asigna una antigüedad de 11 a 12 mil años. “La capa denominada Barrilaco o Caliche III formaba un estrato continuo e inviolado en la parte inmediatamente superior del esqueleto, eliminando este sello de carbonato de calcio cualquier posibilidad de intrusión”. Luis Aveleyra: *Prehistoria de México*, 1950, p. 77. El propio Aveleyra, en la obra citada (p. 81), propone razonadamente una fecha más conservadora: 8 a 6 mil años a. C.

⁷ Vaillant rechaza este término para usar el de “culturas medias” (ob. cit., p. 12). A. Kroeber propone el de “arcaico-medio” para distinguir este período. Cfr. A. L. Kroeber: *Antropology*, New York, 1948, p. 801. También se han usado los términos “preclásico” y “formativo”. Y este último, por algunos, como sinónimo de un horizonte cultural más antiguo, destinado a llenar, cronológicamente, el periodo que va del primitivo horizonte prehistórico al “arcaico inferior” propiamente los años 500 a. C. y 300 p. C. Pero persiste entre los arqueólogos la discrepancia dicho. Se acepta generalmente que las varias fases del “arcaico” florecieron entre cronológica; y algunos fijan sus comienzos un milenio o más a. C.

la más extraordinaria del centro de México, proyectó una vasta influencia cultural en el tiempo y en el espacio, aún más allá de su desintegración ocurrida entre los siglos ix y x de la propia era cristiana.

La siguiente centuria atestigua el florecimiento tolteca, que deja huella profunda en el ámbito mexicano y en el área me-soamericana⁸. La destrucción de Tula (Hidalgo) no extermina el legado de esta cultura, que asimilan —como grande honor— sus propios destructores.

Pero se inicia en la mesa central una etapa caótica —dentro del Periodo Chichimeca, según denominación de algunos tratadistas— integralmente beligerante, de confusas proyecciones, de crisis. A manera de negación de la unidad cultural que tuvo acaso su más serena y alta expresión en el período clásico de Teotihuacán, y que, en el fluido y dialéctico devenir histórico, tendría en el Valle de México síntesis notoria en la civilización azteca, enraizada en el extenso horizonte cultural Mixteca-Puebla.

En este período precortesiano, que dilata unos cuatro siglos, el lago de Texcoco será, más que antes, escenario de renovada actividad humana. Se infiltrarán serpenteando sus orillas tribus recién llegadas de la gran familia nahoa que, progresivamente, presionarán a las ya asentadas en el Valle. Concurrirán del sureste nuevas influencias civilizadoras. Crecerán con la densidad de población los problemas políticos y económicos. Se registrarán pugnas y choques inevitables, alianzas y deserciones tenebrosas; y el vasallaje de pueblos enteros, que regalarán prosperidad a las ciudades dominantes. La desconfianza y el resentimiento sientan sus reales desde entonces (peligrosos ingredientes que han de operar de manera negativa en el futuro, cuando precise un frente unido para resistir al invasor europeo).

Se acentuará —en ritmo acelerado— el trasiego de sangres, y el de las ideas. Habrá pugna de dioses tutelares y el culto ritualista verá cambios conducentes a una estructuración formal de gran rango, que se reflejará en el arte. En lo social culminarán

⁸ Se han apuntado muy probables influencias de la gran civilización maya en la cultura tolteca que, a su vez, concurre posteriormente en Yucatán.

la estratificación y la especialización. Es el reajuste general para desembocar en el nuevo orden: la síntesis azteca.

En marcha por las orillas del Lago puede proseguirse el hilo de la historia, de ciudad en ciudad, hasta completar el telón natural que sirve de fondo a la intensa vida Netzahalcóyotl.

Culhuacán, en la costa oriental de la porción sur del lago —a donde se angostan sus aguas hasta mezclarse con las de Xochimilco— será centro receptor y difusor de cultura y ciudad dominante del Valle de México por largo tiempo. Antiguo es su linaje y puede enorgullecerse de su cepa tolteca, anterior a la emigración hacia Tula, la ciudad por antonomasia de estos grandes artífices y maestros constructores⁹. Gozó de la vecindad de Cholula, situada al este meridional de la cordillera de los volcanes; adonde, hoy aun, puede contemplarse el relieve colosal de la mayor pirámide de Mesoamérica, concreción y testimonio de un pasado de alta civilización que llegó a muy lejanos confines.

De la pasada grandeza culhua quedan pocos rastros materiales¹⁰ después de la decadencia sellada a fines del siglo xiv por la embestida tapaneca, por las guerras civiles. Pero legó a la posteridad dos nombres indígenas relevantes ligados a su ámbito, aunque envueltos en deshumanizadoras brumas de leyenda: Mixcóalt —“culebra de nubes”, la tromba conquistadora— y Topiltzín —el Quetzalcóalt hombre, histórico; al mundo azteca, el templo en lo alto del “ Cerro de la Estrella ”, a donde se encendería, durante siglos, el “fuego nuevo” al comenzar cada ciclo de 52 años; y al linaje tenocha, la propia sangre de su casta reinante. Porque había que ser descendiente de Quetzalcóatl para ser rey de México¹¹.

Junto al Cerro del Tenayo, mi la orilla occidental del lago; Tenayuca. Que equivale a “lugar amurallado”; según testimonio, por otra parte, de los propios códices que muestran el jeroglífico

⁹ Wigberto Jiménez Moreno: “Tollan, ciudad de artífices”, *Hidalgo*, no. 1 enero, 1954, p. 8.

¹⁰ La arqueología comprueba la importancia histórica que las crónicas y la tradición atribuyen a Culhuacán.

¹¹ Alfonso Caso, en conferencia inédita pronunciada en el Colegio Nacional de México, en 1954.

de este pueblo representado por un cerro estilizado que ciñe en su mitad un muro almenado.

La estatigrafía cerámica evidencia una antiquísima ocupación del sitio, posteriormente interrumpida. Adquiere nombre —y renombre a partir de la invasión chichimeca encabezada por Xólotl, probablemente a principios del siglo XII. Los individuos de estas tribus nahoas procedentes del norte de México —nómadas y semibárbaras originalmente— aparecen en los códices¹² crudamente vestidos con pieles, armados con el arco y las flechas del cazador. No huelga

[...] hacer la distinción entre el término chichimeca aplicable a todos los grupos carentes de verdadera civilización y nómadas, conocidos por esa denominación en el México prehispánico, en contraste con el grupo histórico chichimeca que es el que corresponde a las tribus que iniciaron migraciones al despoblarse los principales centros toltecas (Tula mi primer término).¹³

Este importante grupo de chichimecas históricos, ya sedentario y superado culturalmente por la mezcla y el contacto con otros pueblos, convierte a Tenayuca en capital del reino chichimeca, acrecentado por la conquista de territorios vecinos.

Con nuevos y sucesivos injertos, por lo general afines en lo étnico, pero de superior civilización, se integra la nación acolhua. Pero Tenayuca¹⁴, que conocerán, viva aún, los conquistadores hispanos —después de haber sido regida por acolhuas, tepanecas y tenochas—, cederá su hegemonía, por razones políticas y económicas, entre varias, a otra comunidad urbana que, a su vez, será la capital y la culminación de Acolhuacán, ubicada

¹² Mapas Tlotzin y Quinatzin.

¹³ Eduardo Noguera: *El horizonte Tolteca-Chichimeca*, México, 1950, pp. 24 y ss.

¹⁴ El lugar, adonde subsiste hoy el poblado San Bartolo de Tenayuca, ha reverdecido sus laureles con el redescubrimiento de una magnífica pirámide, en la que se ha podido estudiar y exhibir al público una serie cíclica de estructuras superpuestas y ampliaciones. Se halla convertido en importante sitio arqueológico de obligada afluencia turística. El trabajo de exploración, restauración e interpretación de la pirámide de Tenayuca por los arqueólogos mexicanos es acreedor de todos los elogios.

en la orilla oriental, homónima y predilecta del lago: la ciudad de Texcoco.

Azcapotzalco, en el borde occidental medio del lago, será ciudad de enorme población y dominante en buena parte del Valle bajo la breve inspiración guerrera tepaneca. Liquidada Culhuacán, la lucha se dirigirá contra la rival Texcoco, que verá opacarse su estrella transitoriamente, para recuperar su prestigio bajo la inspiración y eficiente administración de su “Rey-Poeta”.

La hegemonía de Azcapotzalco iniciará su declive a la muerte de Tezozómoc y terminará antes de que llegue a su cuarta década el siglo xv, con la derrota de su hijo —Maxtla, el usurpador.

Chalco, en la orilla sureste del lago; Xochimilco, junto a la opuesta; Coyoacán y Tlacopan, en la propia margen occidental; Cuauhtitlán, más al norte; Chiconauhtla, Acolman, Cuitláhua, Huexotla y Coatlinchán, al este; y la insular Tlaltelolco¹⁵ —melliza de Tenochtitlán, después absorbida por esta— representarán papeles, todas, un tanto secundarios, aunque no siempre despreciables¹⁶, en las pugnaces y dramáticas alternativas de poder —ávidas de aliados indispensables— que presenciara, fatigada, la compleja época de referencia.

El respeto a la cronología histórica intentada en el recorrido geográfico que precede, relega el turno final de las menciones a la ciudad postrera de la síntesis azteca, anclada en el lago de Texcoco, surgida del seno mismo de sus aguas: México-Tenochtitlán.

Sus fundadores, los tenochas, o aztecas de Tenochtitlán, integraban las últimas tribus nahoas que penetrarían por el noroeste— al Valle de México, después de un largo peregrinaje algo velado por mitos y leyendas. Habrían de escurrirse lo más inadvertidamente posible para soslayar pendencies con los pueblos más poderosos establecidos de antiguo en las márgenes

¹⁵ Su extraordinario tianguis (mercado) gozó de enorme renombre en su época.

¹⁶ Conjuntamente con otras poblaciones de menor relieve histórico, cuya enumeración exhaustiva haría esta lista de pueblos innecesariamente prolíja, dada la índole de este trabajo.

del lago. Pero, a la postre, quedarían obligados en vasallaje. Aunque también serían utilizados como aliados, progresivamente valiosos, en los conflictos sinuosos y continuos de la época.

Al obligado hábito guerrero debieron, en buena medida, su emancipación gradual, después de haber sufrido una dura servidumbre. Tras la rota de Chapultepec —primer asiento tenocha en el Valle (año de 1248)— la tribu se desintegraría en dos grupos principales: uno lograría refugiarse en los islotes bajos y desiertos del lago y el otro quedaría esclavo en territorio, y bajo la vigilancia, de Culhuacán. Este núcleo, por trágicas razones que despertarían de nuevo la ira culhua, iniciaría otra desbandada hacia las islas del lago y allí se reuniría con sus hermanos de tribu, integrándose a causa de esta circunstancia fortuita la definitiva unidad tenocha.

Aunque al finalizar la primera mitad del siglo xiv Tenochtitlán ya había atravesado la fase primaria de su consolidación, no se registrarían los prolegómenos de su historia mayor hasta el reinado de Acamapitchli (1375-1395), linaje que se inicia culhua sangre culhua, a solicitud tenocha, como ya quedó apuntado. Los primeros pasos de su poderío creciente habrían de ser, naturalmente, cautelosos y lentos. Después, progresivamente acelerados en función de cada circunstancia y ya —con voluntad del imperio— dirigidos hacia la conquista del predominio absoluto, sin reparar en los medios ni en los caminos. Pudiera decirse que corresponden a dos fases: anterior la una, y la otra posterior, a la consolidación de la triple alianza elaborada por el genio astuto de Netzahualcóyotl. Primero ocurriría la caída de Culhuacán. Después la de Azcapotzalco. Al quedar sellada la suerte adversa del reino tepanca, se abrirían anchos los caminos al poderío militar de Tenochtitlán, aliado al de Texcoco.

Los años que siguen a la muerte de Netzahualcóyotl vieron a Tenochtitlán afianzada en su condición de ciudad la más populosa, poblada y poderosa del lago. Capital de un imperio ganado duramente a golpe de conquista. Un poco *sui generis*, carente de unidad; entre otras razones por sus orígenes peculiares, su ambiente condicionante —temperamento y estilo— y su estructura administrativa. Pero de gran extensión territorial y economía importante, basada en la agricultura, pero engrosada

por el comercio y los tributos de los pueblos vasallos. La activa vigilancia militar intentaría suplir la falta de un verdadero proceso de incorporación.

La curva ascendente del poderío de Tenochtitlán apenas marca un siglo, y es posterior a la esencial integración de la civilización azteca. A ella contribuyeron relativamente poco los tenochas, como creadores. Pero supieron absorber y asimilar la herencia de sus antecesores y vecinos. Muy directamente de los culhuas, texcocanos y tepanecas; y, aparte del dicho de los primeros cronistas españoles, han quedado muestras materiales que evidencian su rango como artífices. No es fácil hallar en toda la “América Nuclear”¹⁷ muchas esculturas en piedra que puedan superar a la “Gran Coatlicue”, a la “Piedra del Sol”, o a las colosales cabezas de serpiente que adornaban sus majestuosos templos por solo citar, a guisa de ejemplo, estas obras maestras del arte tenocha, en uno de sus aspectos¹⁸.

Hay una entrañable anastomosis entre el arte, la guerra, la religión y su culto, en la civilización azteca. La clave para entenderla es la integral omnipresencia rectora de la religión —y también para advertir sus fatales limitaciones. Esta afirmación es específicamente válida para los aztecas de Tenochtitlán, predilectos de Huitzilopotchli, el dios de la insaciable sed de sangre. Los tenochas, obligados por su filosofía religiosa y política, elevarían al máximo las cifras de los sacrificios humanos¹⁹ con objeto de “alimentar” a su principal deidad protectora quien, a su vez, debía guiarles en su misión como pueblo elegido para ejercer dominio sobre todos.

En consecuencia de lo precedente, culminaría con gran boato formal —previa reelaboración y rigurosa organización de jerarquías el ceremonial religioso en Tenochtitlán. Y este fue un aporte suyo a la civilización azteca, de la que sería, además, última y más famosa fiadora ante la historia, al sucumbir frente a

¹⁷ Término acuñado por A. Kroeber para designar el área conjunta de las más altas civilizaciones indígenas de América.

¹⁸ Magníficamente exhibida al público en el valioso Musco Nacional de Antropología de la ciudad de México.

¹⁹ De consecuencias negativas en la política exterior.

la civilización hispánica —abandonada hasta de su dios tutelar después de una trágica contienda que acaudillaría un joven de talla heroica, último rey de su linaje: Cuauhtémoc —“el águila que cae”.

Es menester de esta relación, para ceñir más el centro de su ámbito, cruzar de nuevo hasta la orilla oriental del gran lago, volver hacia atrás en el tiempo y detener la atención en Texcoco, solar nativo de Netzahualcóyotl.

Los orígenes conocidos de esta ciudad se remontan como ya se indicó a la época de la invasión chichimca encabezada por Xólotl —el “Gengis Khan de las Américas”—. Este parece ser su estrato basal.

De esta cepa chichimeca —ya en trance de fusión con otras tribus de superior cultura (ya había ocurrido el contacto con los toltecas de Tula)— surge el linaje de la casta reinante de Texcoco, vinculado estrechamente a Tenayuca. Nos remitimos a la autoridad de Vaillant²⁰ para precisar nombres y fechas: Nopaltzin (1232-1263) —el legislador fecundo—; Tloltzin (1263-1298), que regresa a Texcoco procedente de Tenayuca²¹. Impulsor de la agricultura en un pueblo de arraigado ancestro cazador y tras-humante, le sucede en el poder su hijo Quinatzin (1298-1357), el más importante, quizás, de los antecesores de Netzahualcóyotl, descontado Xólotl, el fundador, y a pesar de los altos merecimientos de Techotlala.

Es decisiva esta época del reinado de Quinatzin para los destinos de Texcoco y de la civilización azteca en proceso de integración. Etapa creadora de intenso ritmo fue aquella. De fundamentales conquistas en los predios de la política y en la órbita de la cultura. Durante su transcurso se echaron las bases primeras y firmes de la grandeza texcocana; que ya no declinaría en el aspecto cultural hasta el corte tajante de la conquista; y que en lo político-militar solo tendría eclipse breve bajo el agresivo

²⁰ George C. Vaillant: ob. cit., pp. 71 y 86.

²¹ Francis Gillmor, en un precioso libro titulado *Flute of the Smoking Mirror*, aún no traducido al español, que sepamos, sitúa este desplazamiento hacia Texcoco —con base en las fuentes históricas que cita— en el reinado de Quinatzin (p. 19).

dominio de Azcapotzalco, para recuperarla en Netzahualcóyotl, aliada a Tenochtitlán, que después sería legataria hegemona del poder en su última fase imperial.

Quinatzin, a juzgar por los hechos, fue un monarca de extraordinarias dotes. Bajo su reinado Texcoco tuvo que ser campamento militar —eje del poderío en el lago—. Pero también crisol y taller civil, escuela y forja. Alcanzaría a ser capital de todo Acolhuacán. Estado-ciudad dominante en lo político y cultural, más allá de las tierras al oriente del lago, hasta el actual territorio de Veracruz.

Rastreando las causas políticas, económicas, culturales y religiosas de este surgimiento —además de la competencia del monarca como gobernante— resaltan hechos que merecen destacarse. Dos tribus, por lo menos, procedentes del área mixteca²² de alta civilización, se asientan en Texcoco, produciendo una profunda transformación que dejaría larga y brillante huella en el Valle de México. Junto con las nuevas ideas, actitudes y estilos vitales, introdujeron, concretamente, el culto muy elaborado de una deidad proteica: Tezcatlipoca —“el espejo humeante”—, después extensamente arraigado, especialmente en Texcoco. Añádase, como aporte material de estas tribus, la escritura pictográfica, artes y técnicas en general y una bellísima industria cerámica que aparece difundida por toda Mesoamérica²³.

²² Centrada geográficamente entre Puebla y Oaxaca.

²³ Para el arqueólogo el objeto cerámico es siempre un testimonio del artífice humano que lo produjo y de su grupo. Pero el estudio de la cerámica, complementario y auxiliar para el conocimiento de periodos históricos en que existen otras fuentes de información, se torna fundamental para interpretar, aunque sea de modo fragmentario, las épocas pretéritas carentes de otras evidencias expresivas. La estratigrafía cerámica es elocuente para establecer cronologías y secuencias culturales. Aún a riesgo de que resulte tediosa, nos permitimos insertar —en obsequio de algún lector no especializado pero curioso— esta nota con la secuencia cerámica de los pueblos al oriente y poniente del Lago de Texcoco desde el inicio del llamado Periodo Chichimeca Intermedio (1100-1247), según George C. Vaillant (ob. cit., pp. 85, 86, 91, 95 y 96). Constituye el resultado de muchas voluntades tras largos años de excavar y cavilar. Esfuerzo plural y desinteresado al servicio de la ciencia.

Secuencias por orden de antigüedad (de los estratos inferiores a los superiores): al este: Mazapán, Coyotlatelco (en Tenayuca), Azteca Ila, Azteca

Otra razón que agregar —y que explica una de las fuentes nutricias de su economía— era un tributo pagado por no menos de 70 comunidades vasallas de Texcoco en el período de Quinatzin, obviamente necesitado de un fuerte poder militar para el sometimiento y administración de este “imperio” texcocano.

Además, la distante Culhuacán, antigua de radicación y hegemonía en la otra orilla del gran lago, no se vio nunca obligada al conflicto directo con Texcoco, desde que se iniciara el poderío de esta ciudad. Cuando su trayectoria ascendente va disparada hacia su zenit, se inicia la decadencia de Culhuacán que, precisamente, nutrirá de su caudal humano emigrante el común acervo de Texcoco. Esto se produce en la segunda mitad del siglo xiv.

Desde 1357, a la muerte de Quinatzin, ocupará el poder Techotlala, bajo cuyo reinado largo y fecundo quedará consolidada la dominación político-cultural de Texcoco. Y ocurrirá algo más de importancia esencial para la civilización azteca: la unificación de su lenguaje. Techotlala decretó el uso oficial y obligatorio del idioma náhuatl. Acontecimiento que naturalmente tenía que originarse en aquellos tiempos formativos, y precisamente en Texcoco, coto abierto a las gentes y a sus dialectos.

En sus últimos años, el viejo monarca vería cuajarse sobre el lago, una vez más, las nubes oscuras de la tormenta. Presagio de la guerra cruel y despiadada. De las sombras, empero, surgiría una luz: el día 1. Venado del año 1. Conejo (1402), nacimiento de Netzahualcóyotl.

No es difícil imaginar —en ocasión tan sonada— a los sacerdotes de Tlazoltcotl, encorvados y ceñudos sobre el tonalamatl extendido, en el intento de arrancar los mágicos secretos al sagrado almanaque para pronosticar el futuro del recién nacido. Acaso fuera vano el esfuerzo, o feliz y brillante el augurio. Pero, marcado estaba ya el día para los mejores destinos de Texcoco y

IIb, Cholula IV, Azteca IIIa, Cholula V, Ateca IIIb, Azteca IV. Al oeste: Coyotlatelco, Azteca Ia (esta cerámica opina Vaillant que apareció en Culhuacán procedente de Puebla), Cholula III, Azteca IIa (con persistencia de Coyotlatelco), Azteca IIIa, Azteca IIIb, Azteca IV.

de la civilización. El hijo de Ixtlilxóchitl y de Matlalcihuatzin —hija del rey de Tenochtitlán— no defraudaría a sus mejores agoreros.

Al morir Techotlala (1409) le sucedería —bajo auspicios amenazadores— su hijo Ixtlilxóchitl. A la sazón Netzahualcóyotl contaba apenas los siete años de edad. Es fama que estuvo al cuidado del filósofo bondadoso y sabio Huitzilihuitzin, maestro de la casa real. Es presumible, también, la importancia de esta bienhechora influencia. Los doce años lo encontrarían formándose dentro de la severa disciplina religiosa del Calmécac, escuela para hijos de nobles donde se impartían los conocimientos que capacitaban al educando para desempeñar el sacerdocio y las otras funciones públicas de jerarquía importante.

No parece²⁴ que la dura rutina de estos deberes, ni la tensión trágica, demoledora, sufrida en su juventud, pudieron quebrarle el ánimo vigoroso o embotarle la inteligencia aguda y curiosa, adocenarle el espíritu original —de ricas calidades, o recortarle la vocación por el vuelo alto—; ni deformarle, de manera irreparable, la fina sensibilidad. Aunque la historia que no siempre “huele a clavellina” le registraría el temperamento impetuoso y posesivo que, en alguna ocasión, parece haber llegado a excesos de crueldad y de injusticia, inaceptables en el plano de la ética. No pudo Netzahualcóyotl —ser humano al fin— escapar del todo a su circunstancia, ni salir ileso de su tiempo, sin la marea de su ambiente.

El breve reinado de Ixtlilxóchitl transcurrió bajo el signo de la guerra, que perdería Texcoco en su última fase, y con ella su predominio, su independencia y sus pueblos vasallos. En la primera fase de la contienda, seguida de una paz ficticia y fugaz, el rey logró mantener a raya al ejército tepaneca y la independencia —aunque en precario— de Texcoco. Hazaña que no desmerecía de sus mayores, si se analiza el cuadro político de las fuerzas del lago en aquel momento.

Tezozómoc de Azcapotzalco había logrado integrar un poderío de rápido crecimiento que arrancaba al iniciarse la segunda

²⁴ Hasta donde es lícito el esfuerzo de interpretar su contradictoria personalidad con los elementos de juicio a nuestro alcance.

mitad del siglo *xiv*; período que señaló el ocaso de Culhuacán y el apogeo de Texcoco. Con el alba del siglo *xv* ya aparece Azcapotzalco potente en escena, hegemónico poder dentro de una rara alianza —compleja como casi todas las del lago por aquella época— de la cual formaban parte Tlacopan, segunda ciudad tepaneca, Tlatelolco y Tenochtitlán, vasallas aliadas, en compañía de muchos otros pueblos del Valle.

En frente: Texcoco, capital de Acolhuacán y pueblos vasallos. Esta unidad política importante, única independiente, entonces, en el contorno del gran lago, sería lógicamente el objetivo próximo de la codicia tepaneca. Disfrazada al parecer por razones más o menos válidas esgrimidas por Tezozómoc; que alegaba un “derecho” al trono texcocano por la sangre de Xólotl que corría por sus venas. Y un resentimiento: la conducta de Ixtlilxóchitl que convirtió en concubina —y no en reina a Tecpaxóchitl —la “flor tepaneca”, hija de Tezozómoc—. Por otra parte, la estirpe tepaneca se había mezclado en señoríos y pueblos que estaban dentro de la órbita de Texcoco. Los temores, asesinatos, conspiraciones, resentimientos y traiciones matizan y ayudan a explicar, junto a la trama central, la oscura urdimbre de estos episodios históricos.

La imprevisión de Ixtlilxóchitl acaso contribuyera a precipitar los acontecimientos de los que sería víctima la más destacada. Confiado en exceso, después de una larga y briosa campaña —terminada a las puertas mismas de Azcapotzalco— que pareció contener el ímpetu de los tepanecas, dio crédito a las promesas pacíficas de Tezozómoc, cada vez más entrado en años y en astucias.

Texcoco vería desarmar sus tropas prematuramente; y a los homilías del rey tepaneca iniciar una técnica sutil y oblicua de infiltración en los predios acolhuas, como paso previo al puntillazo final. La reacción de Ixtlilxóchitl y sus adictos se produciría demasiado tarde. No pudo reorganizar sus tropas dispersas en la forma cabal que precisaban las circunstancias, ni le llegaron los auxilios reclamados a los que podían aun prestarlos entre sus aliados. Sucédense el pánico y la dispersión en Texcoco y la retirada del monarca con los suyos.

En el drama de la vida de Ixtlilxóchitl, el último acto tendrá grandeza épica. El *Códice Xólotl* recogió la escena. Y también dan fe de ella las viejas crónicas.

Tres hombres armados, acompañados de un mozalbate, se internan en una profunda barranca. Pasan la noche ocultos bajo el ramaje de un árbol caído. Un centinela queda vigilante en un cerro próximo. Es el rey Ixtlilxóchitl fugitivo, acompañado de dos fieles capitanes, que conduce a su hijo para salvarlo del exterminio. Como asaltado por una premonición afortunada, el rey ordena severamente al joven príncipe que, en el caso de ser sorprendidos por el enemigo, permanezca oculto entre las ramas del gran árbol cómplice. Le reiteraría, posiblemente, si ocurriera lo peor, que buscara refugio tras los cerros, en Tlaxcala, con los de su sangre; y que jamás olvidara que era un Chichimecatl en trance de recuperar su imperio²⁵.

El sol naciente vería cumplirse la premonición. Previo aviso del centinela, penetra en la cañada —sin más salida que la muerte— un grupo de guerreros enemigos. El rey les corta el paso y la palabra innecesaria y tortuosa. El combate es desigual pero terrible. Caen los dos capitanes teñidos en su propia sangre. Queda Ixtlilxóchitl, batiéndose con furia heroica de rey, con angustia de padre, hasta escapársele el último hálito de vida. La hueste enemiga se retira, una vez despojado el rey de sus vestidos, sin advertir la presencia de Netzahualcóyotl, milagro del destino.

No hay palabras para describir la pasión de ánimo que debió embargar al hijo, testigo presencial de la horrible catástrofe. Impotente para remediarla. Impedido de cumplir su deber filial, de lanzarse también a combatir y a morir. Clavado en su escondite por la orden paterna, porque era el último de un linaje que estaba obligado a preservar. Mientras velaba, trémulo aun, el cadáver todavía caliente, un juramento debió salirle por la garganta apretada de rabia y dolor.

Dieron al fin con el joven príncipe los suyos —con los que partiría después atravesando sierras rumbo a Tlaxcala. Manos respetuosas y amigas dispusieron de los restos mortales del rey,

²⁵ El autor ha traducido esto, libremente, de Francis Gillmor: ob. cit., p. 34.

sin omitir, en lo posible, las ceremonias condignas al rango de Ixtlilxóchitl. Su alma peleadora subiría hasta el empíreo, liberada de la materia, a ingresar en la hueste de guerreros ilustres que forman el cortejo del dios Sol, en el Tonatiuhichan, paraíso solar azteca. Era el año de 1418.

Quedó así solo el joven Netzahualcóyotl, de cara a su destino, “coyote hambriento” y errabundo de los campos. Todo casi estaba perdido y forzoso era recuperarlo. Había llegado su hora de prueba, la que exigía mayor grandeza y valentía, con un difícil legado que atender y la conciencia juramentada: gran compromiso ante la historia. Sería puntual a la cita y en el cumplimiento pródigo, como jamás antes en el recuerdo de su raza.

Por estos años azarosos la vida le sería escuela más dura que el Calmécac. Pero más rica en vivencia aleccionadoras. Ungido por la tragedia y perseguido —reclamado vivo o muerto— por la venganza tepaneca, el ánimo se le templó en la adversidad, como sucede a los recios de alma. No parece que perdiera mucho el tiempo en contemplarse las cicatrices con delectación resentida y estéril, inadecuada a su grandeza de espíritu. Supo encontrar bálsamo confortador en los brazos generosos del sexo opuesto. Que también fue pródigo en amores y amoríos. Y en el deporte encontraría escape fortalecedor de su cuerpo.

Endurecióle el carácter y se le afiló la astucia. En sus tácticas habrían de conjugarse —con sabiduría impropia de sus cortos años— la audacia y la cautela. Fue un realista que supo escrutar el cielo. Le crecerían garras poderosas —necesarias en su medio y a su tarea—, pero dentro de sí llevó siempre un poeta.

Lo que sigue en la vida de Netzahualcóyotl presenta relieves fabulosos y sorprendivos, una vez conocidos su tiempo y su escenario. Es material sugerente, de gran densidad histórica que —sobra advertirlo— desbordaría el propósito y los límites de este trabajo. Se intentará solo un resumen en escorzo de lo esencial.

El inquieto exilado de Tlaxcala no pierde el tiempo ni desaprovecha ocasión para adelantar su causa: liberación de los pueblos del lago, sometidos todos ya al yugo tepaneca; reconquista del trono de sus mayores y restauración de la hegemonía de Texcoco. Aparte de otros proyectos —que desde temprano

se agitarían en su mente filosófica y creadora— más abstractos y generales, pero de más fino y permanente valor para la civilización del valle de México.

La capacidad política, de maniobra, que ejercitó Netzahualcóyotl, debió ser ilimitada, sorprendente, desde los inicios de su vida pública. Su energía, inagotable.

El lago grande y manso vería mil veces deslizarse sobre sus aguas, en las noches oscuras, la canoa de Netzahualcóyotl, peregrino incesante que no siempre podía permitirse el lujo de conciliar seguidamente sueño y reposo en un mismo lugar. Su personal seguridad y la misión que se impuso le obligaban a moverse de continuo como una sombra. Durante algún tiempo. Que después su astucia y habilidad le abrirían horizontes más amplios y descubiertos para proseguir una de las conspiraciones más sorprendentes de los anales prehispánicos.

Visita a sus parientes, observa directamente en los mercados de los pueblos, en contacto con la gente humilde —por la que siempre se preocupó—. Con los poderosos —que le eran necesarios, se informa de todo— directamente siempre que puede, de lo contrario por conducto de sus espías. Intriga y gana prosélitos para su causa. Sin que apenas se advierta lo uno o lo otro. Está en todas partes. Aparece y desaparece como un duende, burlándose siempre de sus enemigos. Y espera confiado, mientras finge juvenil olvido y despreocupación de todo, menos de amores y deportes.

No debe haber sido ajeno Netzahualcóyotl a las visitas que sus tías —princesas tenochas— efectuaron a Azcapotzalco sucesivamente. Obtuvieron de Tezozómoc —alegando la tranquilidad inofensiva del joven príncipe— la autorización de que este pudiera andar libremente por Tenochtitlán y Tlatelolco. Después se le permitiría más: volver a su palacio solariego de Texcoco. En esta ciudad reinaba entonces Tilmatzin —su medio hermano traidor—, que ocuparía el interregno, impuesto por Tezozómoc y apoyado por su hijo Maxtla después.

No es necesario cargar el énfasis en la importancia política de las concesiones arrancadas al rey tepaneca por las tías de Netzahualcóyotl. Se le abrían caminos indispensables a su labor

conspiratoria. Más peligrosos aún, pero más directos. La táctica clandestina sufriría modificaciones muy refinadas.

¿Perdía facultades el anciano señor de Azcapotzalco, o su astucia le aconsejó esta medida, tan liberal en apariencia, con objeto de obligar al príncipe sin trono a un género de vida más vigilable? Probablemente subestimó, en mucho, las facultades del heredero de Texcoco; hasta muy tarde, próximo a la muerte. Entonces renueva contra él la orden de asesinato que mantendría su hijo Maxtla.

Seis veces, por lo menos, quedan frustradas las intenciones homicidas. Y hay que decir en justicia que ello se debió no solo a la astucia vigilante de Netzahualcóyotl, también a la riesgosa lealtad de los suyos —que en alguna ocasión dieron la vida por él de modo directo y deliberado—. Que no todo sería traición en sus tierras. No habían sido en vano sus trabajos y afanes: se había granjeado simpatías y se comenzaba a sentir su recia presencia de cabal heredero legítimo.

En el año de 1426 muere Tezozómoc, el conquistador implacable. Este hecho —previsible— y sus consecuencias inmediatas ofrecen a Netzahualcóyotl la coyuntura histórica para iniciar su más importante intriga y su acción más directa y definitiva para reconquistar el poder. De toda la extensa época esbozada —acaso la más comprometida para el historiógrafo rigurosamente honrado— el período que sigue es, probablemente, el más complicado y compacto de acontecimientos efervescentes, en que no siempre concuerdan con meticulosidad —en detalles y estimativas— las fuentes históricas.

En última instancia —coronando varias fases políticas y bélicas de episodios en extremo movidos y violentos— se produciría, después del derrumbe tepaneca y de nuevas conquistas posteriores, un desplazamiento del poder entre los pueblos del lago, seguido de un período de sedimentación, de relativa calma, cuya fisonomía esencial no ofrece grandes variantes hasta la llegada de los españoles.

Al morir Tezozómoc deja el trono de Azcapotzalco a su hijo Quetzalayatzin y a Maxtla —el mayor— confirmado en el importante señorío de Coyoacán. Maxtla no acepta esta situación, usurpa el poder y asesina a su hermano. Entre estos hechos

interviene un proceso palaciego de conspiración y, al parecer, otro contra-conspiratorio de los legitimistas partidarios del rey depuesto. Entre estos aparecen complicados Chimalpopoca y Tlacatcotl, reyes de Tenochtitlán y Tlatelolco, respectivamente. El primero fue arrestado, enjaulado y desprovisto de alimentos en la propia capital tenocha. En estas condiciones fue a visitarlo Netzahualcóyotl, sobrino del monarca preso, cuya amistad cultivó el príncipe texcocano desde su primera estancia en Tenochtitlán. Este gesto audaz de Netzahualcóyotl —que, entre otros antecedentes, tenía el de su asistencia, contra todo consejo, a los solemnes funerales de Tezozómoc en Azcapotzalco— debió tener, por lo menos, tantas motivaciones políticas como sentimentales. Salió ileso del lance una vez más. Chimalpopoca fue estrangulado por orden de Maxtla; y, también por mandato de este, perecería ahogado Tlacateotl en el lago de Texcoco, alcanzado por asesinos tepanecas cuando intentaban la huida²⁶.

Tlatelolco se agita. En Tenochtitlán la presión es sofocante. Y en ambas comunidades —vasallas aún y gravadas por nuevos e insultantes tributos, a pesar de su arribo a la mayoría de edad— se podía apreciar el descontento contra el usurpador Maxtla, que se extendía amenazador por los predios del lago.

Quedaba solo, en Texcoco, Netzahualcóyotl. Cercado de peligros... y de esperanzas. Claramente veía los signos. Nada escapaba a su mirada sagaz. Calculaba y esperaba. Tenso como un acero afilado que pronto descargaría el tajo preliminar pero decisivo.

Un nuevo atentado contra su vida (lo salvaron otra vez la astucia y el valor) será la señal que habrá de ponerlo en pie de guerra. Sale de Texcoco rumbo a Tlaxcala²⁷, dejando instrucciones a sus parciales. Ahora cosechará el fruto de una década casi de conspiraciones y penalidades. Arte de magia parecerá. Especial a cuantos lo tenían por indolente y ocioso.

²⁶ Roberto Barlow: “La fundación de la Triple Alianza”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología*, México, no. III, 1949, p. 147.

²⁷ Otras fuentes señalan su partida hacia Tenochtitlán; y la subsiguiente reconquista de Acolhuacán, posterior al derrumbe de Azcapotzalco.

Atiende a todo y aprieta los hilos de su trama. Tlaxcaltecas, huejotzingas y chalcas le cumplen compromisos previos y engrosan sus filas. Fulminante y breve es la campaña de reconquista, ¡Qué emoción no sería su entrada triunfal en Texcoco! Y en los señoríos vecinos que habían sido arrebatados por el tepaneca. Pero no se engaña. Sabe que es solo la antesala del triunfo. Con visión de águila abarca y comprende el conjunto, el ámbito político de todo el lago. Ya no se quitará los arreos del dios chichimeca de la guerra y de la caza hasta completar toda la dimensión de la gran tarea bélica, y estar seguro en el poder para comenzar luego la otra. La que había de situarle de modo imperecedero —como raro ejemplar— en las páginas de la historia azteca.

Los días del tirano Maxtla y del poderío tepaneca estaban contados. Azcapotzalco sería el próximo y máximo objetivo guerrero. Netzahualcóyotl sigue recogiendo el fruto de su política, de su diplomacia. Tiene planes y tácticas que ofrecer. Logra formar con Izcoatl —sucesor del trono tenocha— el núcleo de la nueva fuerza que actuaría como ariete. Tenochtitlán será factor decisivo —y esto, como se apuntó ya, había de influir en su historia—. Desde allí se inicia el grueso del ataque, respaldado desde otros puntos del lago. La calzada que conduce a Azcapotzalco sería preliminar y sangriento teatro de la embestida aliada; en cuyas huestes están presentes, junto a los texcocanos y tenochas, fuerza de Huejotzingo, Tlaxcala y Cuauhtitlán. Al ser favorecidos por la fortuna, Tlatelolco y Tlacopan —aliadas primero de Azcapotzalco— prestarán su concurso también.

Casi cuatro meses duró la feroz campaña, hasta caer la poderosa ciudad de Azcapotzalco, en el año 1. Tecpatl (1428). La capital tepaneca fue arrasada a sangre y fuego. Una versión refiere como el tirano Maxtla, perseguido por Netzahualcóyotl, pereció a manos de este en combate personal. Junto al “coyote hambriento”, exprófugo de la serranía, ahora “brazo del león”, ganaron renombre especial en esta campaña y en las que habrían de seguir de inmediato: Izcoatl y Moctezuma Ilhuicamina, señores de Tenochtitlán.

Netzahualcóyotl se traslada a la capital tenocha adonde reina a la sazón Izcoatl, su compañero de armas. En más de un

aspecto contribuirá con su aporte a la grandeza de Tenochtitlán el heredero de Texcoco.

Culminación del proceso político sería la triple alianza, formalmente integrada en 1433 por Texcoco, Tenochtitlán y Tlacopan. Las ganancias de esta sociedad, que sella de manera inapelable la desintegración tepaneca, se repartirían en partes iguales entre las dos primeras potencias. La pequeña Tlacopan recibiría mucho menos, hasta prácticamente desaparecer del paisaje político operante. Los aliados, por cuenta propia o guerreando en conjunto, extienden sus dominios hasta las zonas más alejadas del lago. Las tropas de Netzahualcóyotl llegan hasta Huachinango, al este, y a Yautepec, al sur de Cuernavaca. El señor de Texcoco ve consolidarse la base material de su tarea, después de una docena de años de ingente luchar. Cuatro décadas más recogerán lo mejor de su obra, desde que —con gran solemnidad— toma posesión de su trono y títulos y se centra de nuevo en su ciudad nativa. La finura de su espíritu dará ahora su mejor flor. Su inspiración dejará huella profunda y múltiple.

Estadista, legislador y administrador notable, ingeniero y arquitecto sorprendente, bajo su mando Texcoco llegó a ser una de las ciudades más ordenadas, ricas e impresionantes del Valle. Con generosidad —muy rara en su medio— abrió las puertas de la ciudad a todas las gentes deseosas de expresar su arte o aportar su trabajo, incluyendo a los vencidos. Pidió a los desterrados que regresaran y hasta los puso en poder de sus tierras. Exigía, eso sí, calidad en las gentes y en las labores. Las artes y artesanías llegaron a niveles insospechados. De las ciencias también fue protector. Con devota curiosidad penetró los arcanos de la astronomía, de la astrología. Atendió y extendió la agricultura, así como la industria y el comercio. Y el tributo caudaloso de los vasallos que enriqueció a Texcoco. Fue un preocupado de las clases menesterosas. Y como poeta al fin, se esmeró en la floricultura, poesía de la agricultura. Sus jardines fueron los más famosos del altiplano.

Fundó una “Academia de Música” —exigente y reglamentada—, que lo fue más de artes, ciencias y letras. Hecho extraordinario en aquel ambiente. Su propio renombre como poeta ha sobrevivido el decursar de los siglos. Se dice que también fue

notable orador. Pero los valores más trascendentes de su espíritu hay que captarlos en su filosofía renovadora, en su sentido de la religiosidad. Aquí fue un positivo reformador, de escaso eco y resonancia entre los suyos, desafortunadamente.

Aun hoy en el cerro de Texcotzingo pueden contemplarse los vestigios de algunas obras suyas. Acequias, baños y esculturas, tallados en la roca viva. Restos de palacial grandeza. Son unas pocas muestras de lo que fue Texcoco antes de la sistemática destrucción ordenada en 1539 por Zumárraga, primer obispo de México²⁸.

Pero lo importante es otra cosa: en la eminencia del cerro, atalaya de un paisaje de prodigiosa belleza, Netzahualcóyotl construyó su famoso templo a Tloque Nahuaque —el “dios de la inmediata vecindad”, “aquel por quien todos viven”—. El supremo creador, en una palabra. El énfasis que puso en sus últimos años en esta idea y en su culto conlleva sorprendentes y revolucionarias implicaciones, conocido el trasfondo mágico-religioso-ritualista azteca, que Netzahualcóyotl rechazaría en lo más íntimo de su ser. “Aquel por quien todos viven” no precisaba sacrificios humanos —adviértase la importancia de esto—. Solo aceptaba ofrendas florales y oraciones espontáneas envueltas en fragante humo de copal, Con una lógica —intrusiva en su ambiente— el rey poeta de Texcoco capta correctamente la abstracta idea de un ser supremo. Por eso no pondrá ídolos ni imágenes en lo cimero del templo, como era uso general. Su mente de pensador podía estructurar abstracciones. Sería interesante —aunque sabemos que en extremo difícil— rastrear su concepto del arte. Pudieran encontrarse indicios de que lo concebía como arte propiamente dicho, no como un producto esencialmente colateral y utilitario de la religión al uso, y de ella un poco esclavo. Su concepción religiosa abre interrogaciones de la mayor trascendencia.

El saber autorizado de Alfonso Caso ha escrito:²⁹ “Para las grandes culturas de Mesoamérica, la invención técnica fue

²⁸ Paul Westbiem: *Arte antiguo de México*, 1950, p. 26.

²⁹ Alfonso Caso: *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 124.

sustituída, en gran parte, por el culto”. Advierte en otro pasaje que el concepto religioso azteca fue específicamente limitador para esta civilización. Y prosigue:

La fuerza creadora de un pueblo joven tuvo que derivar necesariamente a la creación de obras religiosas y lo mismo en el arte que en la ciencia, en la organización política y social, y en la filosofía de la vida, la religión que fue impulso se convirtió después en freno, y la creación de las obras con fines religiosos ahogó necesariamente la personalidad creadora de los individuos y absorbió todas las posibilidades de desarrollo cultural.

Este drenaje, este estancamiento sin renovación posible, este cinturón terreo y asfixiante por razón de su religión y culto peculiares, este obstáculo de la civilización azteca ¿no hubiera sido gradualmente superable si se hubieran desarrollado y extendido las implicaciones del pensamiento filosófico-religioso de Netzahualcóyotl? Es respuesta que toca a los especialistas en la materia. Pero el tema luce sugerente y digno de investigación.

De todas suertes, puede afirmarse que por boca de Netzahualcóyotl el espíritu había hablado como nunca antes entre los pueblos del lago. Al acercarse sus días postreros, quien sabe si salieran de sus labios aquellos versos que se le atribuyen:

Toda la tierra es una tumba y nada escapa a ella
nada es tan perfecto que no caiga y desaparezca...

.....

Lo que fue ayer ya no es hoy .

y lo que vive hoy no puede esperar ser mañana.

Pero, por encima de creencias tan polémicas como respetables —que reservan al hombre en otra vida morada fija e inmortalidad, una hay segura: la de la historia. En ella entró por derecho propio Netzahualcóyotl.

Por mucho tiempo quedaría viva la memoria de aquel a quien la posteridad, en tiempos más recientes, llamaría el “Salomón mexicano”.

En su escenario geográfico y como resultado de su más visible y material labor, Texcoco compartiría la hegemonía de

Anáhuac con Tenochtitlán, hasta la indiscutible supremacía político-militar de esta en los últimos tiempos prehispánicos. Hasta ellos Texcoco sería el centro del saber y del arte que la harían ostentar el título de “la ciudad más civilizada del Valle de México”.³⁰ Este fue el mejor legado de Netzahualcóyotl.

Con su muerte, ocurrida en el año 6. Pedernal (1472), el gran lago histórico perdería, en su más ilustre, singular y creador vecino, a su espíritu tutelar.

³⁰ George C. Vaillant: ob. cit., p. 73.

Anexo fotográfico

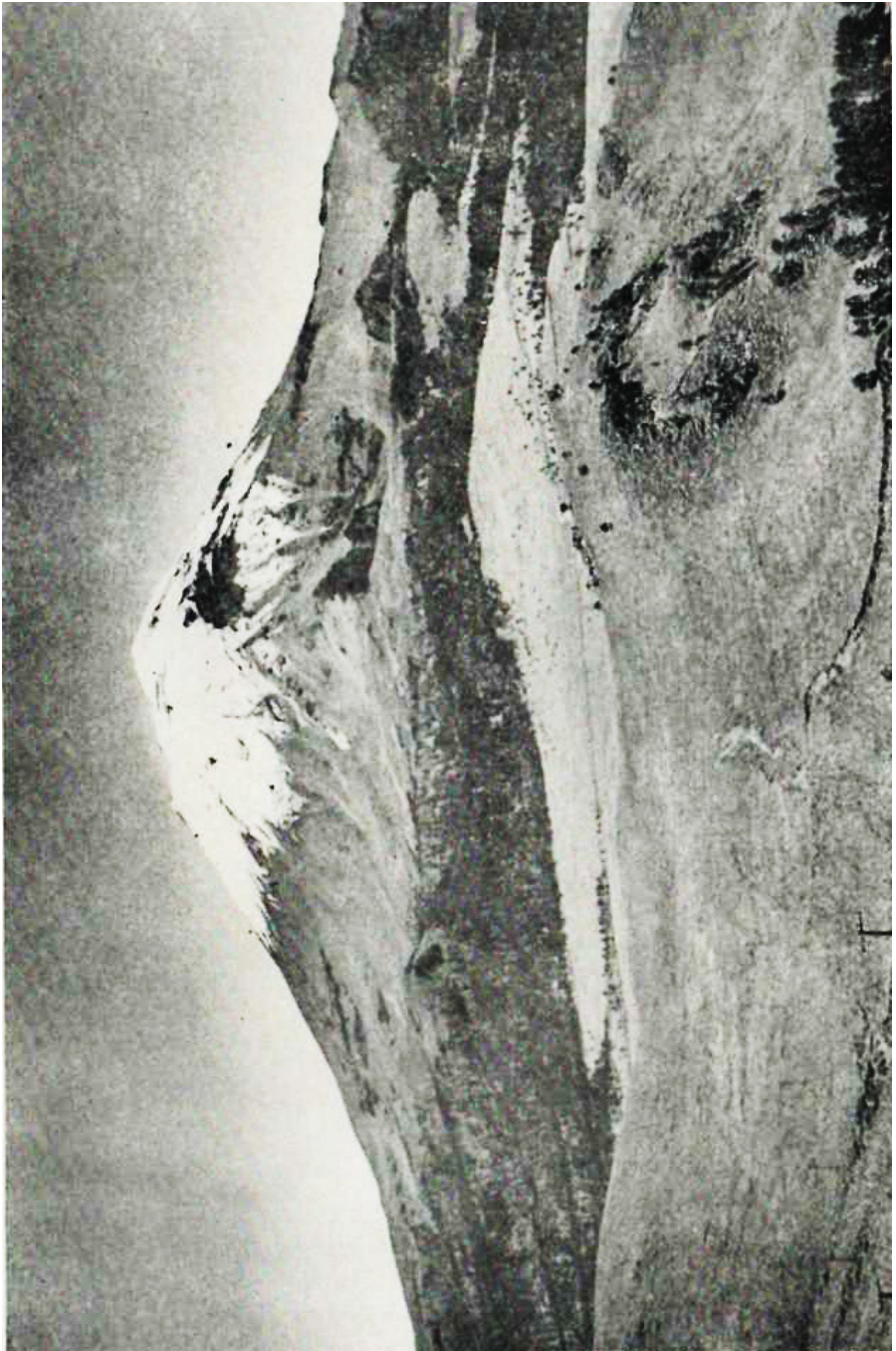


Figura 2. Volcan Popocatépetl



Figura 3. Nieves del Popocatépetl, por encima del Paso de Cortés

Fuente. Vilaseca

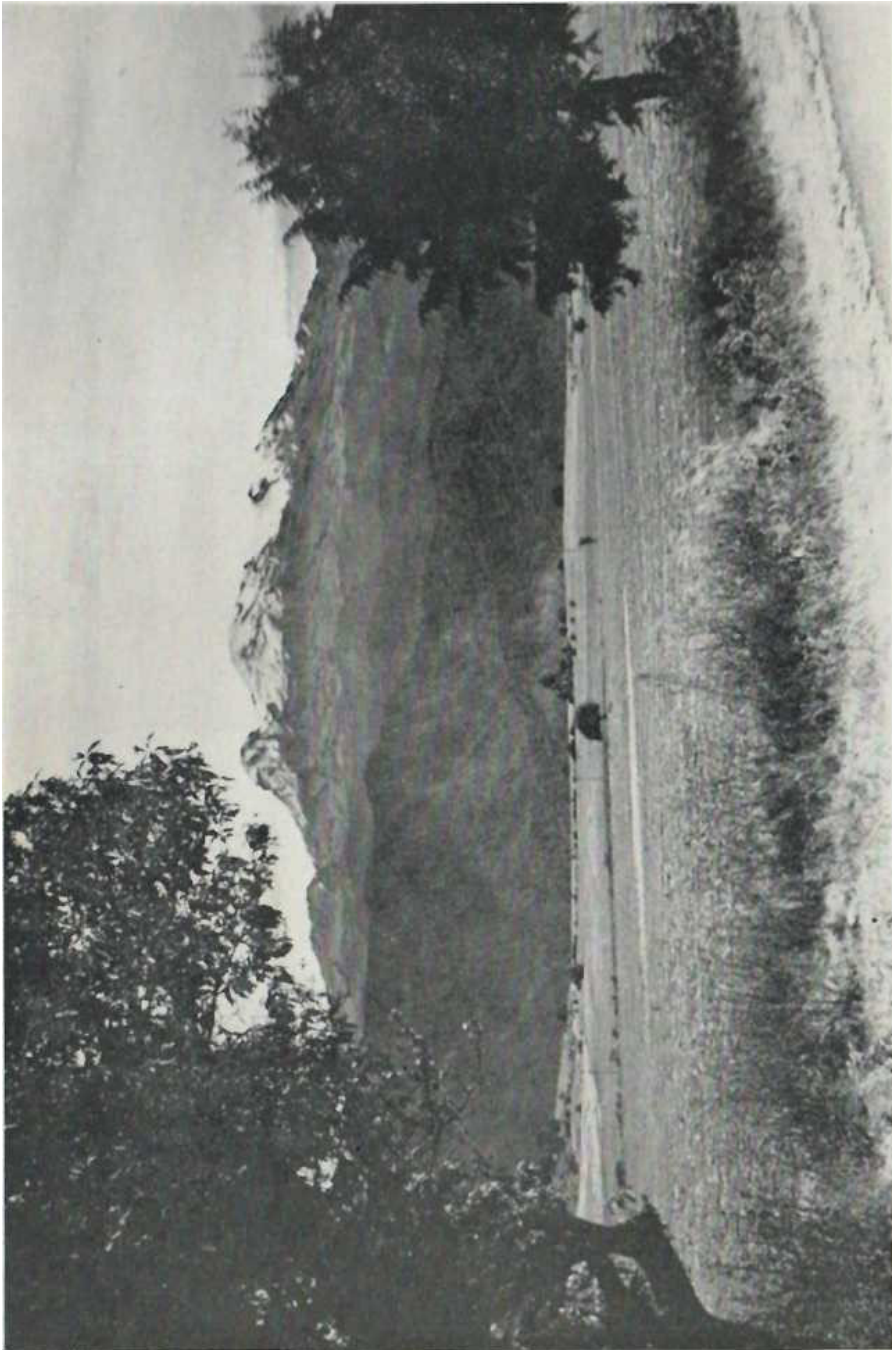


Figura 4. Iztaccíhuatl

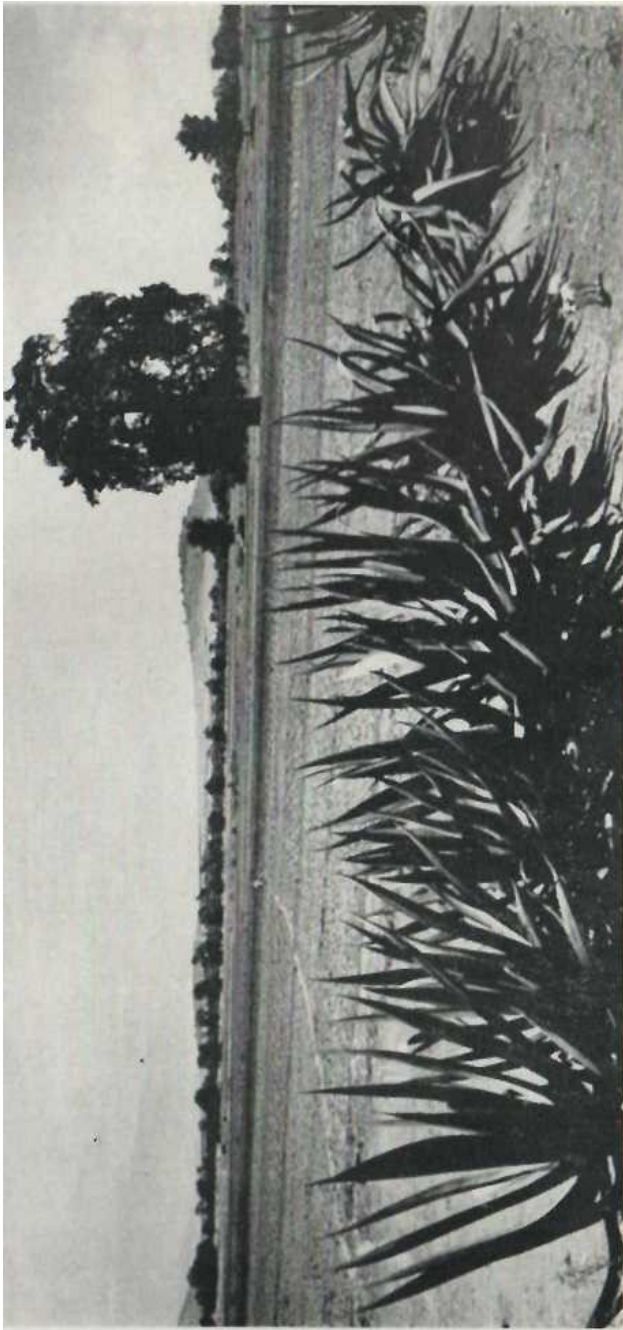


Figura 5. Meseta del paisaje

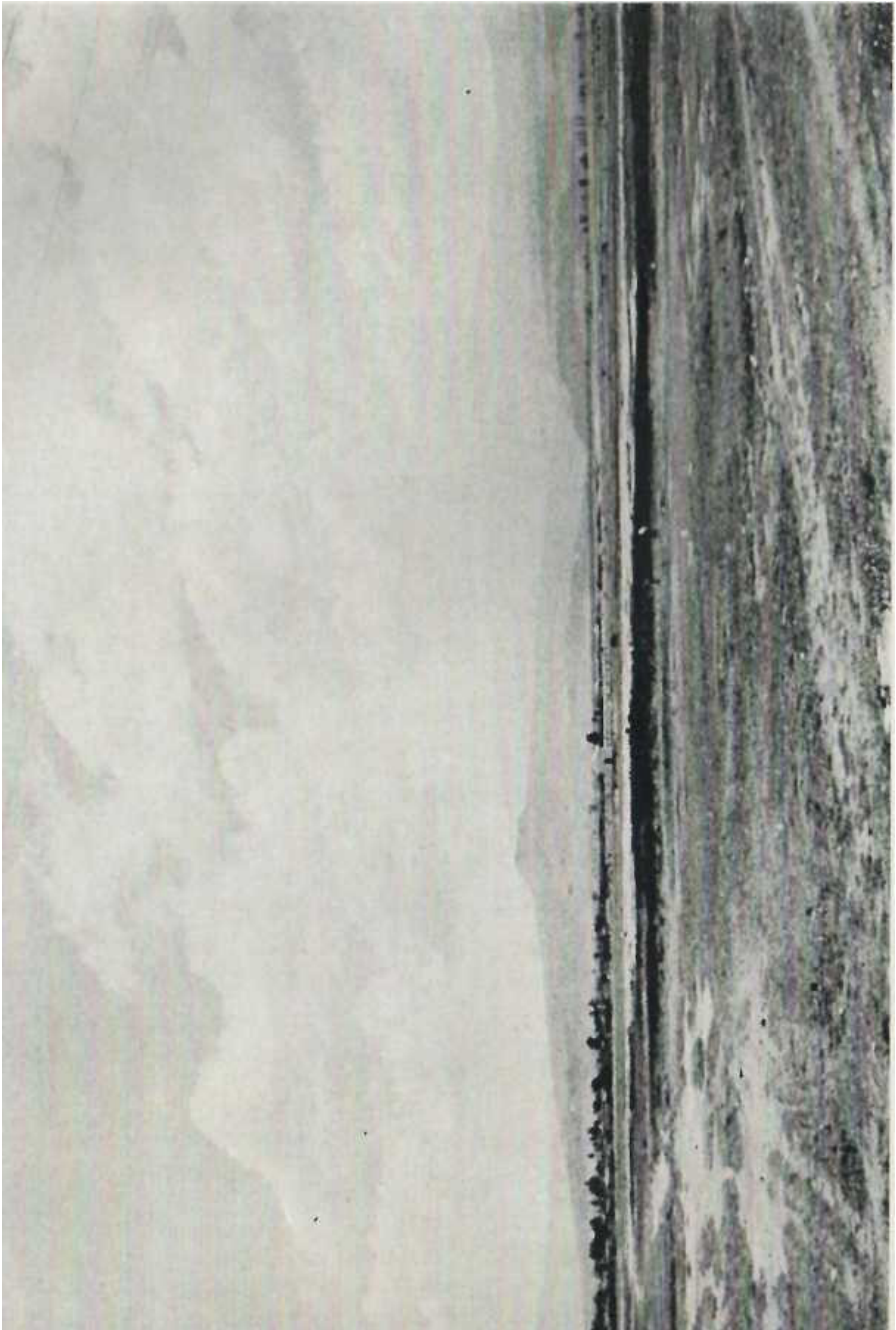


Figura 6. Lecho desértico, escenario hoy de las tolvanas

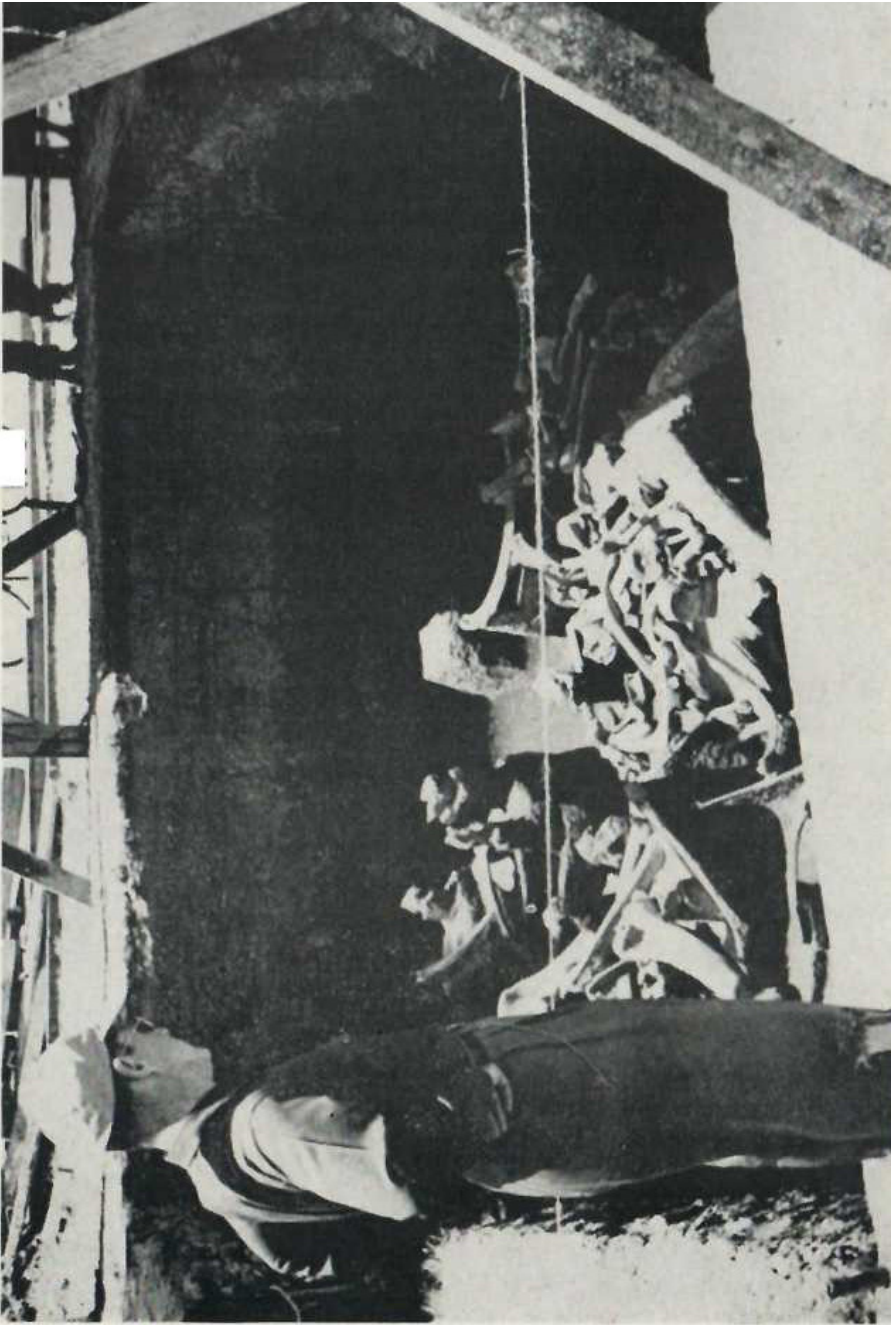


Figura 7. Francisco Martínez Arango en los trabajos arqueológicos de Santa Isabel de Ixtapan

Fuente. Enríquez

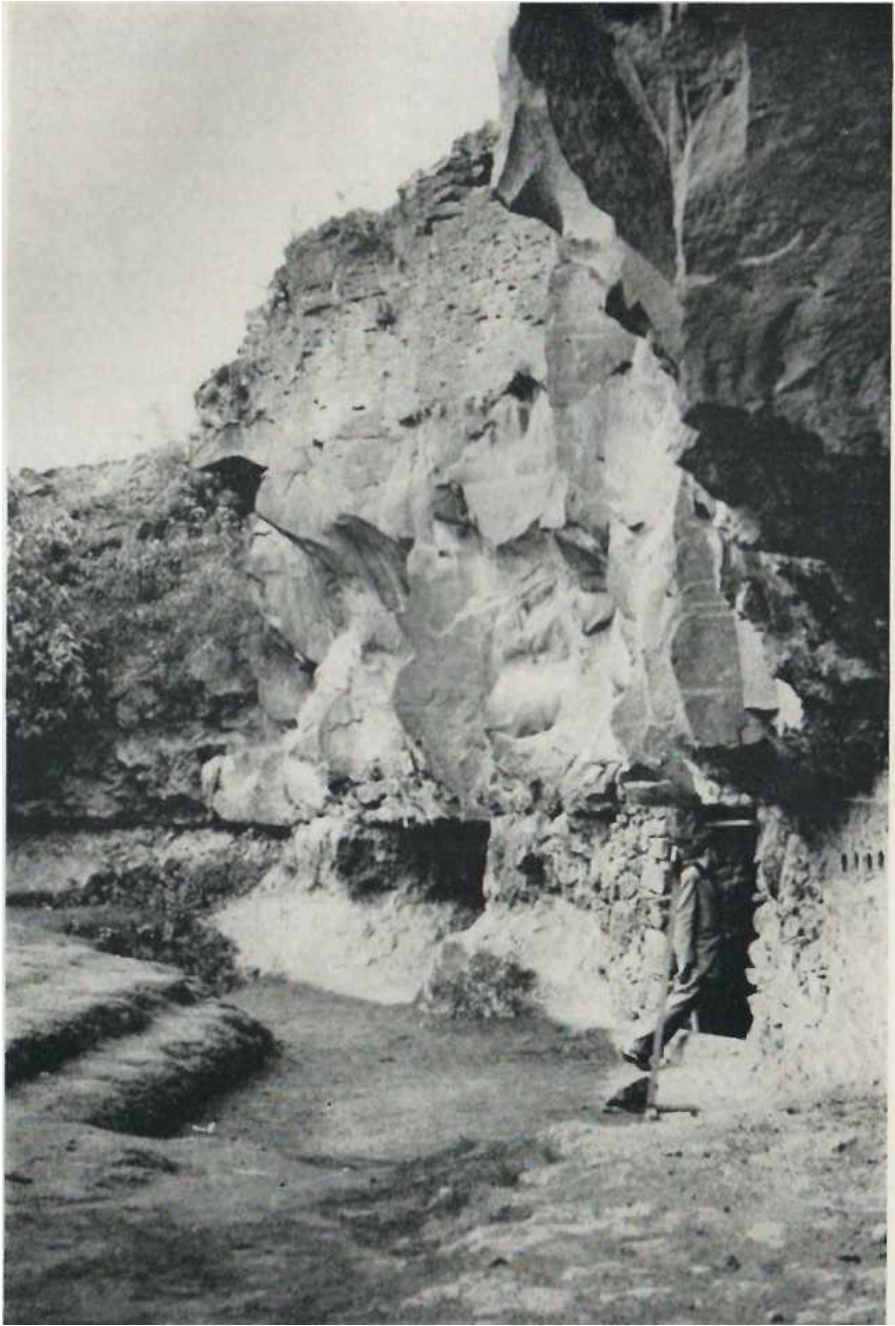


Figura 8. Sitio arqueológico de Copilco, México D.F.

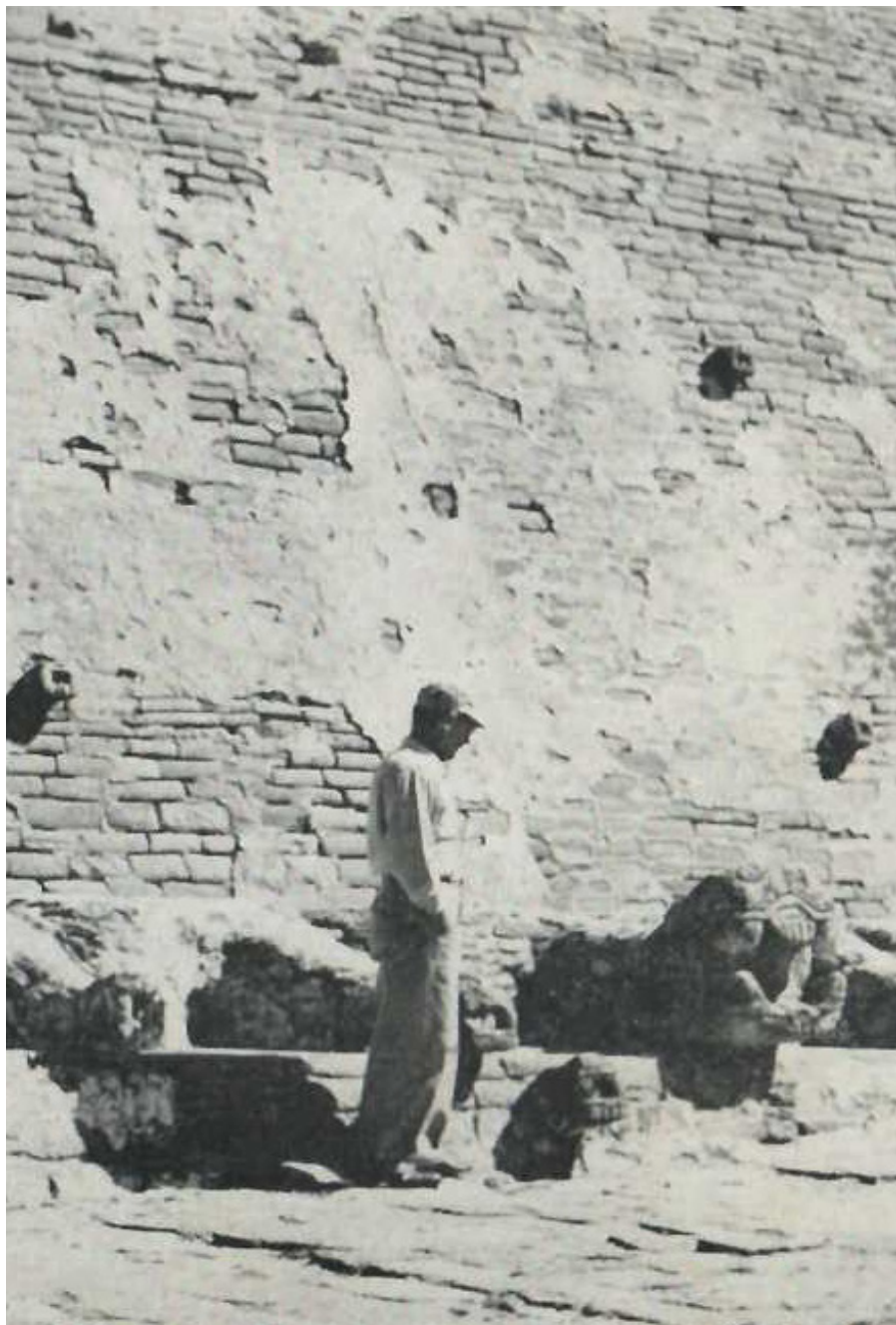


Figura 9. Francisco Martínez Arango frente al Coatlépanthli o “Muralla de Serpientes” de Tenayuca, México D.F.

Fuente. Vilaseca



Figura 10. Coatlicue, arte tenocha

Fuente. Instituto Nacional de Bellas Artes de México



Figura 11. Sitio arqueológico de Tula

Fuente. Vilaseca



Figura 12. Vasija mixteca

Fuente. Instituto Nacional de Antropología e Histórica de México

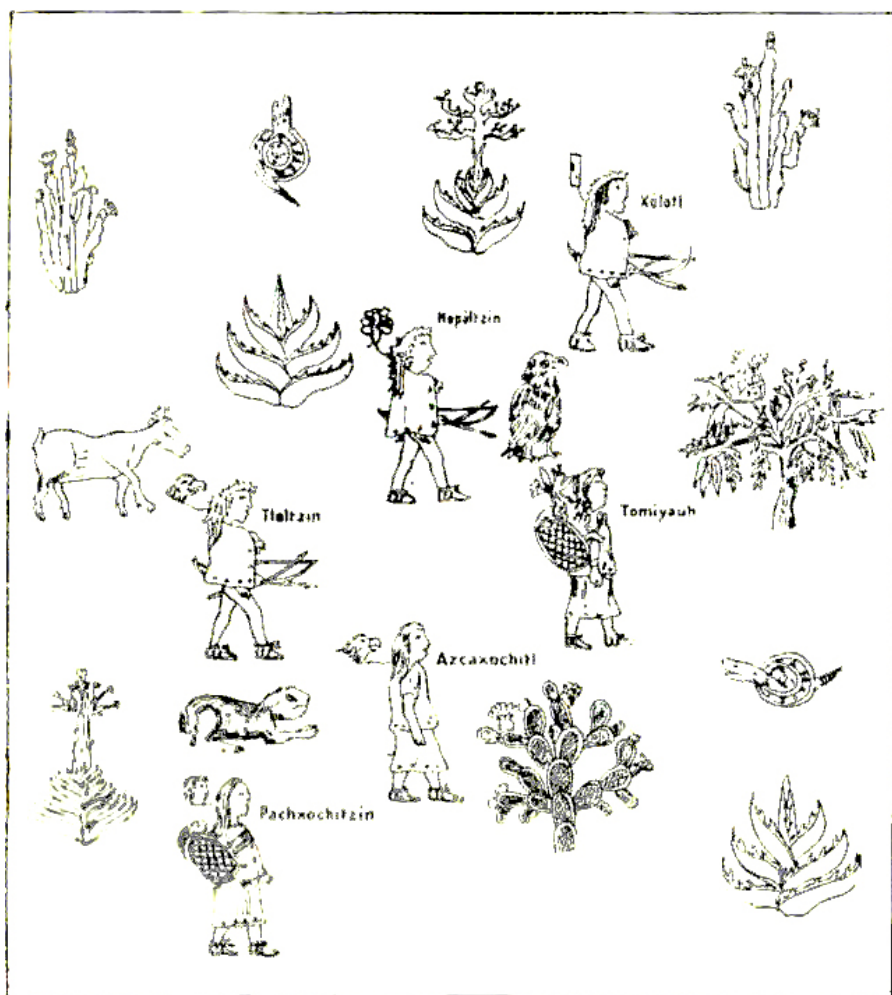


Figura 13. Reyes chichimecas según aparecen en el *Mapa Tloltzin*

Fuente. *The Aztecs of Mexico*, de G. Vaillant



Figura 14. Vasija tallada en obsidiana procedente de Texcoco.
Museo Nacional de Antropología de México

Fuente. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México

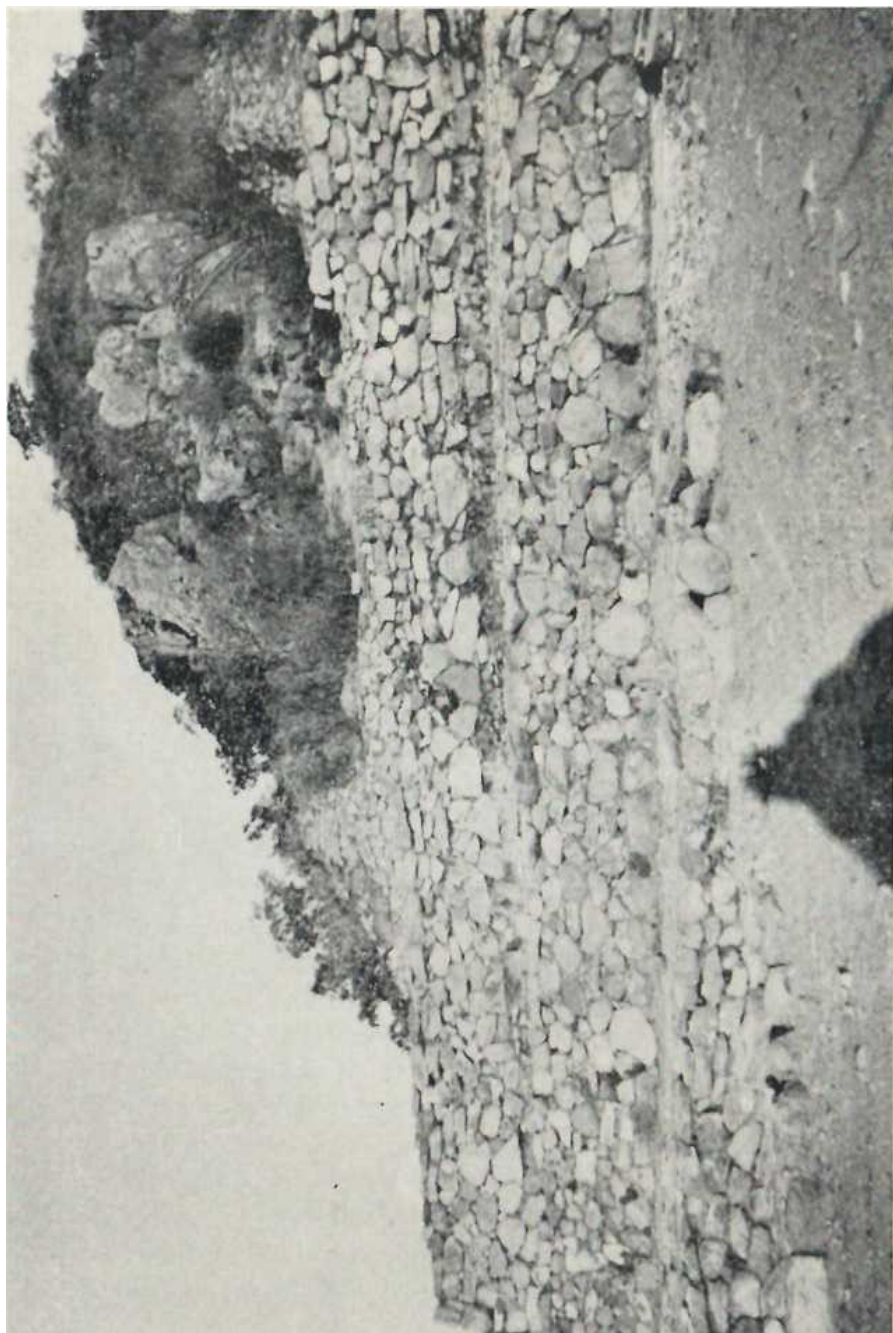


Figura 15. Plataformas y contenes de piedra restaurados.
Restos de jardines de Netzahualcóyotl

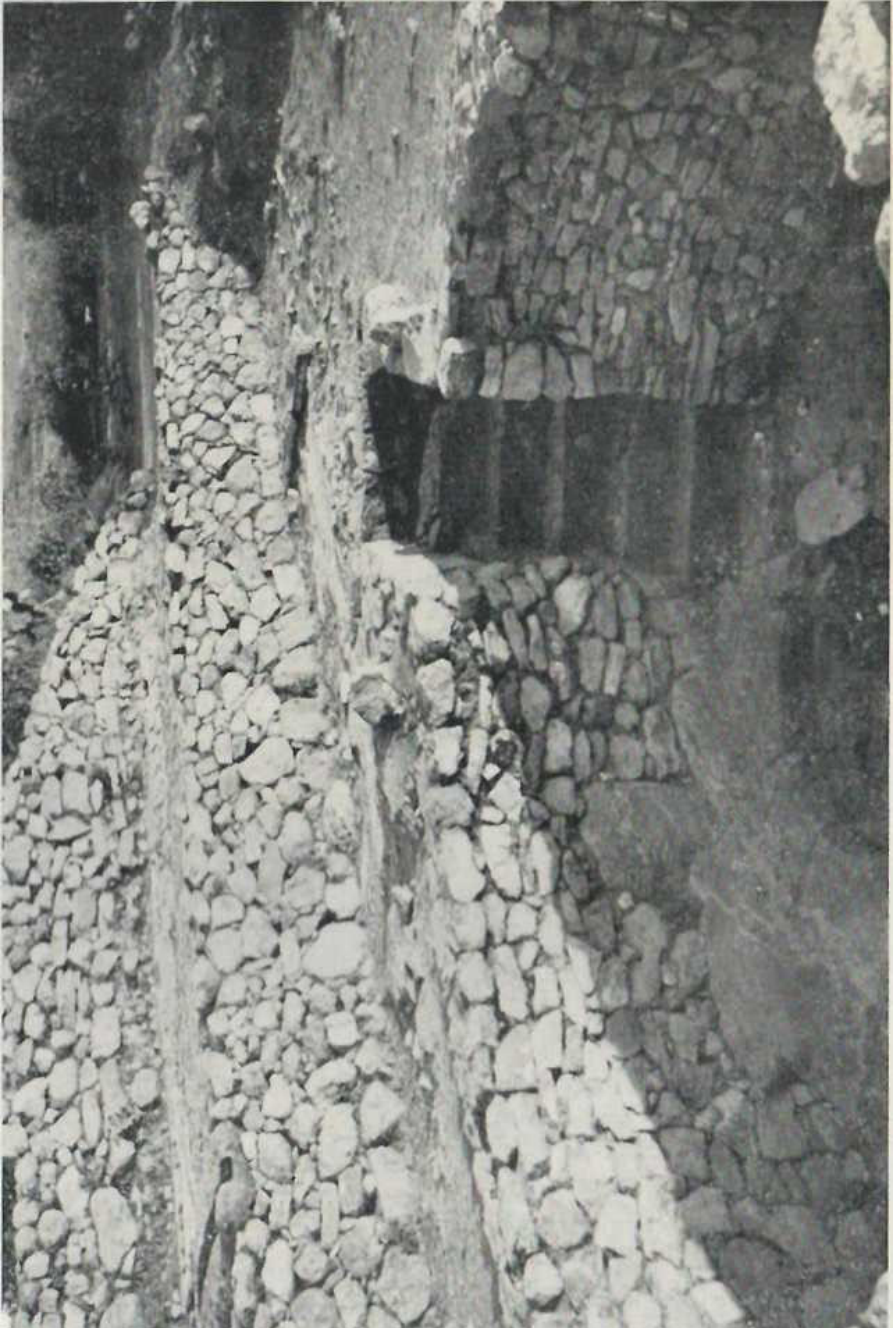


Figura 16. Acequias, escalinatas, baños y esculturas talladas en la roca viva

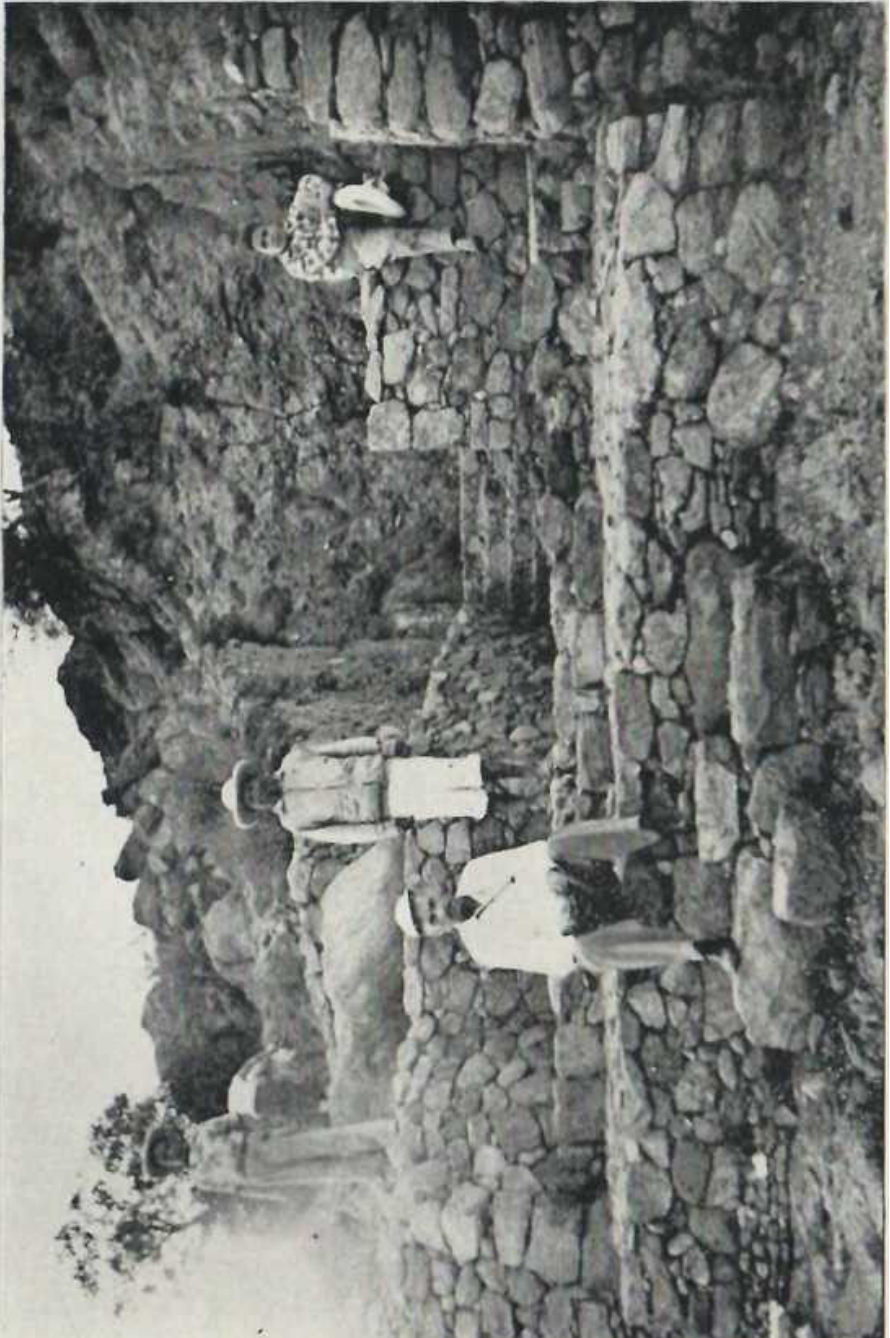


Figura 17. Faldas del cerro de Texcotzingo



Figura 18. Francisco Martínez Aranago en Texcotzingo

Fuente. Vilaseca



Figura 19. Tenayuca, costado de la pirámide



Figura 20. Parte posterior de pirámide de Tenayuca
(chichimeca-azteca)

¹ A partir de aquí las imágenes fueron cedidas por el Museo de Arqueología e Historia de la Universidad de Oriente [Nota del Editor].



Figura 21. Arco de Kabah, allí comienza el camino maya de piedra que conduce a Uxmal



Figura 22. Uxmal, detalle del Palacio del Gobernador



Figura 23. Uxmal, El Adivino



Figura 24. Casa de las tortugas Uxmal, Yucatán, cultura maya, segundo imperio



Figura 25. Uxmal, vista desde lo cimero de la Pirámide del Adivino

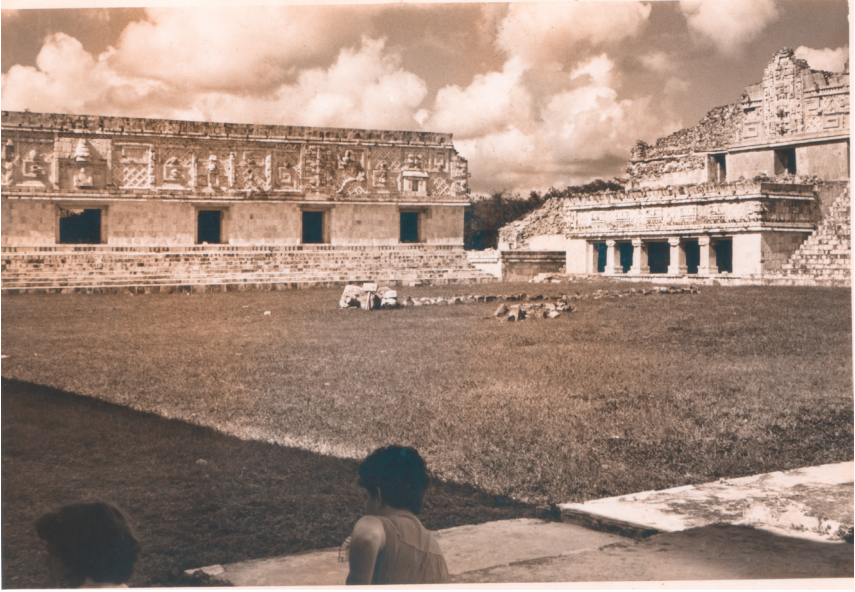


Figura 26. Uxmal, cuadrángulo de las monjas (patio interior)



Figura 27. Tablero de glifos, El Palacio



Figura 28. El palacio, Palenque



Figura 29. Palenque
Foto: Porter



Figura 30. Palenque, Chis, México, acueducto maya, octubre, 1957



Figura 31. Inscripciones, Palenque, octubre, 1957



Figura 32. Palenque, desde el templo de las inscripciones



Figura 33. Cuernavaca, pirámide de Teopanzolco y construcciones prehispánicas aledañas



Figura 34. Pirámide de Teopanzolco



Figura 35. Pirámide de Teopanzolco



Figura 36. Escalera principal de la pirámide de Teopanzolco, Cuernavaca



Figura 37. Pirámide de Teopanzolco, Cuernavaca



Figura 38. Teopanzolco



Figura 39. Pirámide de Teopanzolco, Cuernavaca



Figura 40. Felipe Martínez Arango junto a la pirámide circular (arcaica) de Cuicuilco, México



Figura 41. Doctores Felipe Martínez Arango, Hernández y Celso Enríquez Jr., junto a la pirámide circular de Cuicuilco, México

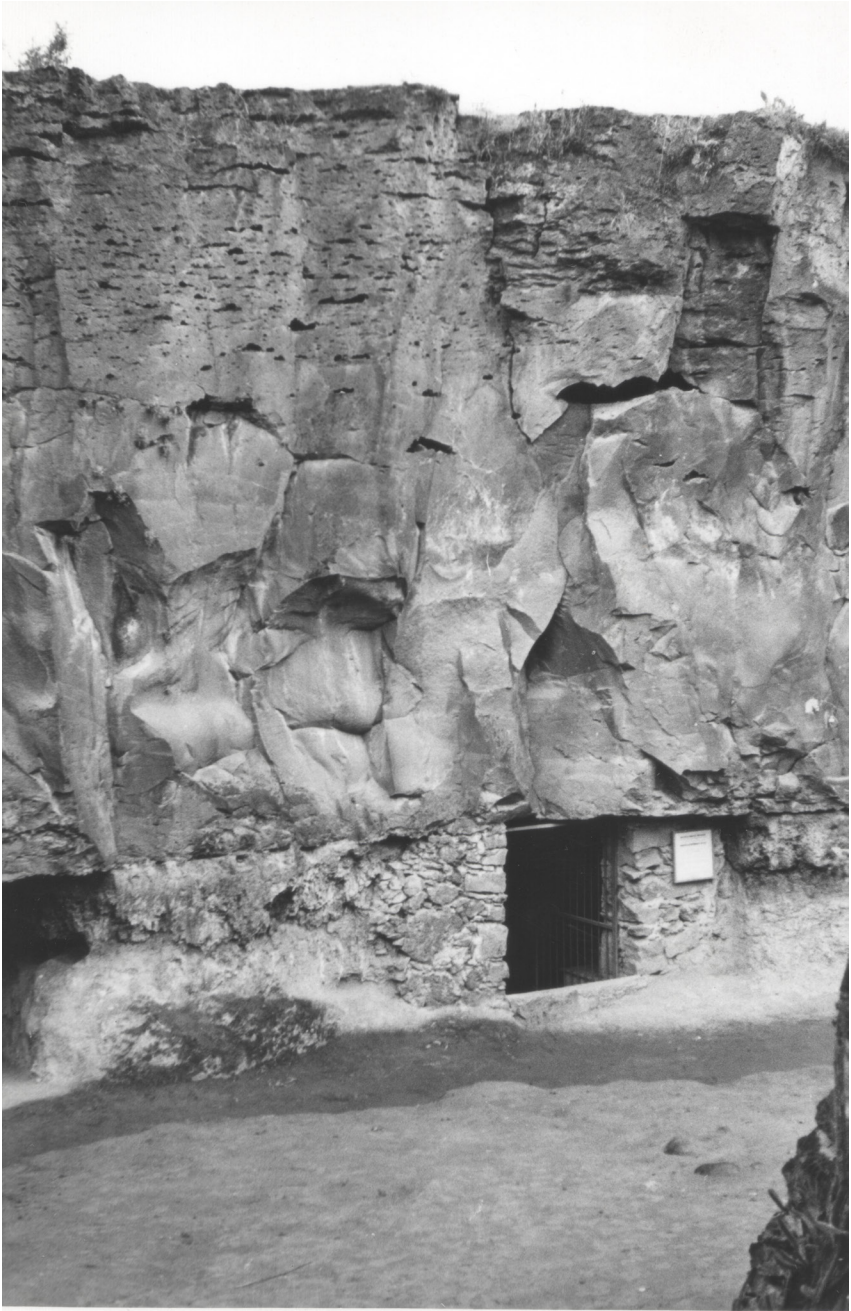


Figura 42. Sitio arqueológico de Copilco, México D.F.



Figura 43. Chichén Itzá, El templo de los guerreros



Figura 44. Chichén Itzá, Templo de Venus



Figura 45. Chichén Itzá, El cenote sagrado de los sacrificios



Figura 46. Tlaloc, Coatluichán, Texcoco, México, 1954



Figura 47. Pirámide de los nichos, El Tajín



Figura 48. Pirámide de los Nichos, El Tajín



Figura 49. Pirámide de Santa Cecilia, Tlalnepantla,
México, 1954



Figura 50. Hombre de Tepexpán, México, 27 de abril de 1958



Figura 51. Cabeza olmeca



Figura 52. Fuente, Museo de San Diego, Acapulco



Figura 53. Pieza arqueológica del Museo de San Diego, Acapulco



Figura 54. Xlapak, ciudad maya perdida en la selva yucateca



Figura 55. Xlapac, Yucatan, cultura maya, segundo Imperio



Figura 56. Tula, Patio ceremonial



Figura 57. Pirámide, Tula



Figura 58. Águilas, tigres, coyotes y el pájaro-serpiente-tigre, Pirámide de Quetzalcóatl, Tula



Figura 59. Sitio arqueológico de Copilco, México D.F., junio 1954



Figura 60. Kabah, Yucatán, Cultura maya, segundo imperio, enero 1955



Figura 61. Labná, Yucatán, Sacbé, mirador y arco

Índice

- 7** **Prólogo**
- 21** **El lago de Netzahualcóyotl**
- 47** **Anexo fotográfico**

Fue el lago Texcoco, al que Felipe Martínez Arango llama “de Netzahualcóyotl”, es el espacio seleccionado para mostrar la grandeza mesoamericana. Es la reconstrucción del paisaje histórico de diversas culturas y pueblos tomando al rey poeta y militar Netzahualcóyotl como hilo conductor para entrelazar la evolución de diversos pueblos y ciudades como Texcoco y de Tenochtitlán.

El lago de Netzahualcóyotl es un texto cercano a la prosa poética. Con adjetivación precisa, el autor describe el entorno natural, sede de los acontecimientos que narra. Permite conocer las características de los pueblos que se desarrollaron en el espacio circundante y su papel en la historia; retórica que solo es posible cuando hay amplios conocimientos y una experticia basada en el diálogo científico.

Es una obra de gran valor estético e histórico, útil para un público amplio interesado en Arqueología y temas prehispánicos, pero también para estudiantes de arte, de historia, letras y otros afines a las ciencias humanísticas. Se anexan, además, las fotografías originales de la segunda edición de este libro (Universidad de Oriente, 1955), y se suman otras, inéditas todas, de las visitas de Martínez a México.

ISBN:978-959-207-700-3



9 789592 077003



Ediciones UO